

El mar  
está en el  
pez



Bárbara  
Asela

*El mar  
está en el  
pozo*

*Barbara  
Asela*



Título:

El mar está en el pozo

Autora:

Bárbara Asela

Primera edición 2026, Ciudad de México

Editorial Interpec

ISBN: 978-607-69397-1-0

108 pp. 16.1 x 20.7

Obra publicada bajo la licencia CC BY-NC-ND 4.0. Se autoriza compartir (copiar y redistribuir) el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos:

Debe otorgar el crédito correspondiente al autor, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de ninguna manera que sugiera que el licenciante lo respalda a usted o su uso. No puede utilizar el material con fines comerciales, ni se puede remezclar, transformar o construir sobre el material, además, no se puede distribuir el material modificado.

Ilustración de la portada: Nina Sofía Medrano Flores

Ilustraciones de los interiores: Carla Morales Zavaleta

Diseño editorial: Paco Velázquez

Interpec, A.C.

Director ejecutivo: Juan de Dios Escalante Rodríguez

Responsable editorial: Francisco Tapia Velázquez

Vinculación y comunicación: Edith Castañeda Mendoza

[www.editorialinterpec.org](http://www.editorialinterpec.org)

*A Leti Iturbe.*



*No es lo mismo el mundo que la tierra,  
una cosa es cultura y otra naturaleza.*



# Índice

1. Iván y Herlinda.....	9
2. Mati y Froilán.....	13
3. Polo .....	17
4. Desayuno.....	21
5. Laureana I .....	25
6. El tiempo de tus tardes .....	31
7. Laureana II.....	35
8. Violeta .....	37
9. Mascada .....	41
10. Bailarinas y duendes.....	47
11. Paseante .....	51
12. “Marionas” .....	53
13. Cuidandero.....	57
14. Lino.....	63

15. Tlalpan .....	67
16. Naturaleza y cultura .....	73
17. El hombre y el árbol .....	77
18. Raisa.....	81
19. Lenitivo para mariposas .....	87
20. Algo surge.....	91
21. El mar está en el pozo .....	95
22. Lobo.....	101

# 1. Iván y Herlinda

A sus veintiún años ella había encontrado en las danzas provenientes de Hawái y Tahití una manera de contar historias vestida con hojas de dracena. Aquellos objetos que llegaban a la academia de danza, directo de las islas, eran acogidos ávidamente por el grupo de bailarinas, cada una elegía algo y mientras daba inicio el estiramiento, se abrochaban con ciento collares, brazaletes y tobilleras de conchas esmaltadas, así bailaban, con la aprehendida cautela y a la vez arrojo y destreza que les exigían los ornatos y los movimientos del Hula.

Al salir del área de teatro, él había visto en los pasillos de la facultad su espalda espigada, con un listón atado a la nuca del que pendían caracolas engarzadas, era su visión antes de partir.

Cruzó el umbral y dejó atrás el busto del poeta Dante Alighieri, el cual permaneció en su mente unos segundos, después el estacionamiento, más allá la vereda con aspersores en las pendientes que bajaban y subían, se detuvo un instante para levantar una castañuela de jacarandá que se guardó en el bolsillo, finalmente, se situó en la acera abajo del puente peatonal, allí cerró los ojos un momento y escuchó la sucesión de motores, abrió los ojos quedando fijo, las ráfagas recorriéndose una tras otra le iluminaron la cara, al subir la vista miró el puente, aún vacío.

Al rato ahí venía ella, con su material para la clase de dibujo y sus zapa-  
tillas de tango en un maletín, pero ahora se hallaba ágil calzando su par de  
botines borgoña, el cabello ambarino contrastaba con la gabardina negra,  
los labios hinchados por el frío, las manos adentro de los guantes de lana.  
Él subió a encontrarla, la saludó con un abrazo y un beso, le obsequió la

castañuela y con una sonrisa le propuso llevar su maletín que se pendió del hombro. Descendieron las escaleras y se ubicaron abajo del puente, allí hicieron la parada al transporte.

Rumbo a su destino permanecieron expectantes, en un lapso cedieron el asiento, conversaron y Herlinda le mostró sus dibujos a Iván. El actor tomó el cartoncillo entre sus largos y morenos dedos, diciendo:

—Déjame adivinar qué autor escucharon hoy...

—A ver, inténtalo

—Mmm... el mar

—Sí, el mar

—Trova

— ...

—“Oh qué será, qué será...”

—...No, no fue salsa

—¿Un francés?

—Sí

Bajaron antes, sobre la gran avenida, quisieron andar entre aquellas calles. En una esquina encontraron un puesto de comida, pero pasaron de largo porque tenían vino y cecina en la hielera. A la siguiente cuadra doblaron a la derecha, comenzaron a recorrer todos esos predios abandonados, uno que otro con alguna luz interior, los jardines custodiaban las mansiones derruidas entre la fronda salvaje. Llegaron al palacete e ingresaron por un portoncito de hierro alternativo, pues la entrada triunfal de principios de siglo, llevaba más de una década clausurada. Habitaban en lo profundo de la piscina, ahí acomodaron cama, hielera, mesa, dos sillas, un camastro, un baúl con ropa, otro más con libros y cintas, un quinqué, un caballete y una radio, todo cubierto por un toldo.

Dejaron sus pertenencias sobre uno de los baúles, prendieron el quinqué y, con quinqué en mano, fueron a buscar varas secas. Al rato volvieron, encendieron la radio, barrieron, hicieron su fogata y quemaron la hojarasca que se había acumulado en el suelo, a lo largo del mosaico en declive de la piscina. Echaron la cecina al sartén, calentaron sus manos, la humazón olió a hierba y a



carne, sirvieron un trozo y un trozo en dos platos, después bailaron abrazados con la música que se halló sonando, e Iván le pidió a Herlinda escuchar las líneas que al otro día repetiría de memoria. Tomaron vino en copas de plástico rosado y traslúcido, eran de juguete, acto que les causaba gracia, con su copa se sentaron en las sillas, analizaron la macabra fachada del palacete, el pórtico a punto de colapsar y las ventanas que parecían estarlos auscultando, todo a través de la hoguera, pero fue mejor no quedarse mirando con atención y disfrutar la velada.

Más tarde oyeron la caída del agua en la cisterna, entonces interrumpieron el descanso para ponerse en pie e ir a regar el huerto. Allí, pegada a un muro estaba la pequeña siembra, donde crecían unos matojos de jitomate, con la manguera, ejerciendo presión con el dedo índice, el agua removió la tierra, y sucedió que salieron aquellos fieros insectos negros llamados pinacates, el chorro del agua los hizo trepar apresurados por el muro, eran muchos y verlos les contagió cierta aversión, Iván los derribó enviándoles el agua directamente, cayeron panza arriba, meneaban las patas irritados, Herlinda con una rama,

uno a uno, los ayudó a retornar su andar sobre el lodo... "No dejan germinar los jitomates", alegó Iván.

Volvieron a la piscina y se metieron a la cama, ahí platicaron. Más tarde él se levantó a acomodar el toldo para no dejar entrar tanto aire. La radio permaneció encendida.

Madrugada...

Suena Ravel... "Miroirs III. Une barque sur l'océan". Herlinda se levanta, se calza los botines, introduce la castañuela en su bolsillo, asciende el piso de mosaico de la piscina y comienza a avanzar hacia el palacete, cuenta sus pasos, los va enterrando en la hierba pajosa, parece que puede ver lo que en realidad existe, pero no está en la dimensión terrena, porque va viendo todo más amplio y hay cosas que no había visto, siente lo que no está presente cuando está despierta, y aquello que sólo podría entenderse como las imágenes de un sueño, son más bien... casi bultos, casi bultos que emiten una casi presencia, así como la castañuela que va palpando. En sueños, todo el tiempo Herlinda está a punto de ver "algo", pero nunca lo ve, le está vedado, presiente que es espantoso, entrar al palacete y recorrer sus pasadizos la perturba, va dentro de ella misma, aterrada.

Ha entrado y se ha adentrado.

Hace un esfuerzo ecuménico para dar media vuelta, retornar su cuerpo y hallar el recibidor, luego el pórtico para salir, sus pasos se vuelven chiclosos y la lengua es una sanguijuela de zapote amargo y negro meneándose en la boca, mira el piano, recarga las manos suavemente sobre la tapa y piensa... coloca en alto la varilla y teme... sin embargo, se acerca a contemplar el agua acendrada manando de la caja de resonancia, con la mano recoge las doradas y enlamadas cuerdas, comprende que debe cerrar antes de que ocurra algo fatal... Logra salir, cruza el pórtico que se derrumba atrás de ella, la hierba pajosa ahora es arena, se aproxima a la piscina, llega ahí, entonces mira la radio a un lado de la bahía emitiendo "Miroirs III. Une barque sur l'océan", y allá —en una barca— va Iván, ya muy adentro del mar abierto.

## 2. Mati y Froilán

Sentado en la mesa se apresta a quitarle el cascarón a su huevo duro y a desempacar sus dos piezas de pan tostado unidas por una azucarada pasta blanca, hecho esto, coloca en un plato medio curvo, medio llano, para que el huevo no salga rodando, sus dos alimentos, no sabe qué ingerir primero y, mientras decide, mira una pequeña flor de nochebuena sobre el mantel, se da cuenta que por ser artificial se le está botando la tintura al pistilo. Toma el pan y lo muerde, haciéndolo crujir, causando su desmoronamiento que cae sobre el huevo y afuera del plato, sin terminar de deglutir el bocado, se levanta y saca del refrigerador una botella de sidra, entonces le da un trago, se sienta de nuevo y coge el salero, sazona el huevo.

Habla dentro de sí mismo, porque todas las imágenes del exterior, en la mente, son palabras, por ende, no cesa de hablarse, cada cosa es un nombre, mira a un lado, a otro, y ahora... surgen frases. Recuerda que es navidad, bueno, que a ese día así se le dice, "navidad", recuerda que no se rasuró, pero mejor, no quería picazón en la quijada, ni quería cortarse la cara, suelta el huevo y frota la yema de los dedos por una de sus mejillas, "quizás más tarde..." se dice.

Afuera hace frío. Cada año es lo mismo, dicen que nevará, que lloverá en invierno y con el frío la lluvia bajará hecha nieve, pero nunca sucede.

Se hunde el huevo entero en la boca, la clara resbala, la yema se atora un poco, le gusta el sabor que le da la sal, le sigue el pan, se escucha el crepitar en lo oscuro. El plato ha quedado vacío, une sus manos, descansa la cabeza lanzándola con levedad hacia atrás y estira las piernas, cierra los ojos, está así unos instantes, siente un fútil ánimo de asomarse a algún lado, se levanta y anda hacia el resquicio donde inicia el patio, ya es tarde y contempla la peque-

ñez de ese lugar, lo bien que cada una de las matas están organizadas ahí adentro, así las dejó Froilán ayer, ¿o antier?, ya no se acuerda.

El árbol en el centro ofreciendo invariablemente lobreguez sufría, está delimitado por una jardinera de piedra, con canto grueso para poderse sentar, a ese árbol le faltó poco para ser desproporcional, no sólo con el patio, sino con la casa, pero es que Froilán había sido muy terco, no quiso talar aquel ser de perennes cortezas y altura que rebasaba, "un tantito nada más", el techo de la casa, antes lo volvió el principal integrante de sus naturalezas. Alrededor del árbol, el herbaje crecía por poco pegado al barro; definiendo el fin del breve terreno, se hallaba el muro abarrotado de trepadoras; una hilera de macetitas con suculentas, constituidas por unidades adiposas, estaba formada por allí, en un borde saliente del muro; un tiesto colgante con violas negras pendía de cuatro alambres, tensados desde la orilla del tejado; en la esquina, las hojas de la alocaasia, tangentes a su tallo dorado enroscado como una culebra, figuraban con sus ciclópeas presencias, la creación de una inmensidad ficticia.

Ayer, ¿o antier?, ya no se acuerda, al estarse rasurando, pareció escuchar que alguien barría el techo, removiendo el follaje que soltó el árbol, miró hacia arriba y vio las trazas de la humedad, trasminándose.

Qué pequeño y de cuánto disponía el cuadrado jardincito, no se le veía el paso del tiempo, es que Froilán lo podaba, retirando la broza seca con sus manos ajadas... En un sitio sembró un ciruelo, crecía espigando sus ramales a su tronquillo rojo sangre, el frutito era negro y maniáticamente dulce. Dentro de la jardinera se capta el agua, dándole sustento a las raíces aéreas del árbol, entre el minúsculo manglar se internan las polillas a beber, de niño, él las vio tantas veces, acercándose quedito para no espantarlas, apreciando la sincronía en las formas de sus alas vellosas, delineadas con sombras marrón, estaban quietas, mas pronto volaban para irse a plegar al musgo del muro; él permanecía ahí, con el cuerpecito atravesado boca abajo sobre el canto de la jardinera de piedra, concentrado ahora en las cochinillas, yendo y viniendo por el laberinto de raíces, con el índice y el pulgar las hacía bolita, para rodarlas en la palma de su mano, olvidándose de ellas, buscaba escarabajos frugívoros, por ahí surgía uno, zarandeando su tórax metálico entre los guijarros, ya

después, hundía los cinco dedos para penetrar la tierra lodosa, exprimiéndola con enjundia, intentando decantar lo que ya era homogéneo.

Se quita del resquicio, camina cuatro pasos a la izquierda sobre el pasillo de cemento, se detiene, abre un poco haciendo rechinar las bisagras, coloca la mano en el marco de la puerta... cierra los ojos. Siente en el pecho una pueril frustración, la misma que sentía al no ser capaz de apartar el agua de la tierra, aprieta los párpados, vuelve a relajarlos y cede al váguido, Froilán yace en la cama, el árbol respira al compás del hombre viviente, injertándose, a través de los radios medulares, las ventosidades de la noche.



## 3. Polo

Calla y escucharás, entorna los ojos, espera y mirarás. Quédate allí, por un momento, entonces sabrás, baja o sube, de madrugada... las escaleras... detente, atento a la oscuridad, parece que algo te toca... el hombro... parece que algo flota en medio de tus piernas y después... se leva al techo, ahí hace, con mucho esfuerzo, una especie de hélice y al final... se disipa.

Eso que se oye es la llovizna, lanzándose sesgada hacia el ventanal, recuerdas que acabas de colgar las cortinas, después de un año de habitar en tu departamento. Has perdido la esperanza de que ella venga a vivir contigo, de que ella milite contigo, has perdido la esperanza de que ella abandone a Gibran, a pesar de ser tú quien se sensibiliza del trastorno de ansiedad. Algo rechina pisos arriba, han arrastrado un mueble, debió ser en el departamento de Sagrario, todo se oye a través de esos materiales endebles, ¡carajo, qué molestia en los oídos! Mejor avanzas, terminas de subir las escaleras, vas a tu dormitorio y te colocas la chamarra, buscas tus zapatos, te preguntas ¿por qué tendrías tú que andar con zapatos rotos?, los calzas y sin querer has terminado de romper la agujeta, te enojas de nuevo, sabes que te mojarás los pies, no importa, pisarás con cuidado, además no llueve tanto, llevas la tarjeta, quizás quieras llamarle. Vas sobre la acera, no hay luz en la colonia, metes las manos a los bolsos de la chamarra y lo primero es andar hacia la cabina telefónica de la esquina, no sirve, quizá se averió por la lluvia, te quedas un momento mirando hacia la calle y decides ir a otra esquina. Hallas otra cabina, con una imagen de publicidad fluorescente, marcas:

—Bueno

—Chinita, soy yo...

—Hola

—¿Vienes mañana?

—Pasas por mí afuera del metro

—Sí, pasaré por ti

Ahora caminas sobre la acera viendo, entre las sombras, las fachadas de las residencias, vas cuidándote de los espías como siempre, así hasta llegar a Obregón, llegando allá esperas a que el semáforo marque el rojo para ir a pasear sobre el andador. Estando ahí observas las esculturas, las fuentes, una transeúnte halando con cadenilla a su leonino chow chow, observas la intermitencia de las luces de los automóviles en la avenida, las cantinas, algunos de los viejos edificios convertidos en museos, oficinas o institutos, otros más abandonados; en un rato la lluvia se ha dispersado, han quedado pocos charcos, nada de importancia.

Polo, te has cansado, te sientas en una de las bancas de acero y miras alrededor, no fuera a haber alguien... acechando. Piensas en ella, piensas en la cantidad de reuniones a las que debes asistir, piensas en el emplazamiento a huelga, en el paro nacional, piensas en la comida corrida que pagaste esta tarde a aquella compañera del partido que se quedó sin trabajo. Revisas tus monedas, te alcanza para un expreso, doble... separas los dos boletos del metro para que mañana por la noche la acompañes de vuelta a su departamento. Te levantas, el expreso te incentiva, te detienes unos segundos para elegir a dónde irás.

A unas cuadras de la calle donde se localiza tu vivienda hay una cafetería, un pequeño local con una mesita y dos sillas afuera, mobiliario cubierto por un toldo verde enebro que dice "Café", vas hacia allá, está abierto, pero no hay luz. Las máquinas no funcionan, sólo café de cafetera, del que ya estaba hecho, aceptas, te lo tomarás en la mesita, estás a punto de sentarte, te das cuenta que el asiento está mojado, enseguida sale un chico y seca con una jerga, le agradeces, te trae el café, servilleta, removedor y sobres de mascabado. Hace frío Polo, colocas en tu café el contenido de tres sobres, remueves y bebes, mientras lo haces recuerdas que estando cerca de ella, te dice que tu aliento huele y sabe a azúcar. Sientes aire en la espalda y en las rodillas, tocas

tus piernas y notas que has adelgazado, sin embargo, un hombre a tu edad debe embarnecer, recuerdas que pasaste las vacaciones sin moverte, dormido para no sentir hambre, para que no te calase el frío invernal, por ningún motivo quieres enfermarte, no tienes dinero para comprar medicinas, menos para asistir al servicio médico, tendrás que beber el café rápido, además quieres llegar a revisar un par de documentos, concluyendo esto mejor pagas y te vas.

Te cierras hasta el cuello el cierre de la chamarra, metes las manos a los bolsillos y emprendes la caminata de regreso al departamento. En una calle das vuelta a la derecha, vas distraído en pensamientos e ideas, irás a Europa el siguiente año a hacer trabajo político, has sido el elegido, mañana le contarás a ella, recuerdas "Airs a faire fuir", la primera pieza. El agua en los charcos brilla a pesar de la falta de alumbrado, es por eso que no te has mojado los pies, sólo percibes un poco de humedad, vas mirando hacia el asfalto, alzas la vista y ahí, recargado en el tronco de uno de los sicómoros de la acera, está un hombre que te está mirando, no distingues su rostro, pero es un hombre observándote avanzar hacia él, por un momento crees que debes cambiar de dirección, retornar y meterte por otra calle, no sabes quién pueda ser, él sabrá que te has sentido amedrentado, cortas de tajo ese camino y atraviesas la calle, él atraviesa también... tras de ti. Te asustas.

Tu corazón se acelera y relacionas aquella persecución, con la Escuela de las Américas, la Operación Cóndor, el Batallón Olimpia, Los Halcones, con el acoso hacia la gente del partido en el que estás adherido, te secuestrará, tu mente es un torbellino... serás otra cifra en la estadística de personas desaparecidas, quizá nunca te encontrarán... gritas tu nombre, "Polo...", gritas tu nombre con apellidos "Polo Quintanar", hay una miscelánea en la esquina, alguien tiene que escucharte. Te encañona, abre el portón perteneciente a un domicilio y te priva de tu libertad. Entrás, la cochera está llena de hojarasca, un carro antiguo con las llantas ponchadas está estacionado allí, algo se mueve adentro del carro, entonces por una de las ventanillas saltan dos gatos, uno tras otro, se apabullaron ante el chacoteo de los pasos sobre las hojas enmohecidas por la lluvia. El hombre abre la puerta del recibidor, te da un empellón hacia adentro, se marcha y te quedas tirado, cubriéndote la cara con ambos

brazos. Poco a poco levantas la cabeza, parece que no hay nadie ahí, no te mueves por unos minutos, acostumbras la vista a la penumbra, escuchas un fuerte estruendo en la calle, te asustas hasta hacerte pipi, sin embargo, te tranquilizas y terminas de comprender que eso fue en la vía pública, la caja de algún transformador, la que probablemente tronó por recibir una descarga... Te han dejado encerrado, una de tus peores pesadillas está siendo lúcida.

Están tirando canicas en alguna habitación contigua, en ese instante recuerdas los eventos ocurridos en el departamento de Sagrario, entre ellos aquella vitrina rota, con todo y loza, sin que nadie la hubiese tocado... Ahora alguien camina cerca de ti, sus pasos hacen hundir los tablones que conforman la duela, no es posible, no hay nadie allí. No te han golpeado, ni te taparon la boca, tampoco te amarraron, recobras cierta calma, te incorporas y te levantas, te cercioras de que la puerta por la que se fue el hombre está sin llave, abres y entra una corriente gélida, tiemblas, piensas en irte, pero sientes curiosidad por la arquitectura del lugar.

Bajando un par de escalones penetras más allá del recibidor, hallas un amplio aposento con un templete y pilastras, éstas sostenidas por pedestales con relieves cubiertos por un metal dorado, a unos pasos encuentras el inicio de una pomposa escalinata, en media luna, con mamperlán también dorado. Con tiento te diriges hacia arriba, con la mano derecha puesta sobre el barandal de la escalinata vas ascendiendo, tus pies se han entumecido, arriba hallas dos pasillos, uno lleva a la derecha y otro a la izquierda, al frente hay una estancia abierta hacia una terraza, allí el mármol está encharcado, flotan unas flores blancas de pétalos grandes, no lo sabes, son magnolias. Andas por la orilla, rodeando el gran charco sobre el mármol... llegas a la balaustrada blanca, de yeso, te asomas, desde ahí alcanzas a elucidar la redondez de la Tierra, abajo, la conexión con su centro y arriba, más allá del cielo del mundo, una tempestad sideral que no sabes si se está yendo o se aproxima.

Ella ha llegado, sabe que eres puntual, te espera leyendo afuera del metro, sobre la avenida. Aún no llegas.

## 4. Desayuno

No te pondrás las pestañas postizas para ir al desayuno con tu amiga Rita, es temprano y quieres que tus párpados descansen un poco, parece que el esmalte de uñas se ha secado, y con soltura te colocas la pulsera y los anillos de plata que compraste en Taxco. Tomas el cepillo y te vuelves a escarmentar el cabello que recién ondulaste y hace unos días teñiste; ¿qué saco elegirás hoy?, el estampado con hibiscos azules te vendría estupendo, entonarás con el clima tórrido. Te levantas del taburete que está delante del tocador, tomas el collar que montaste en la esquina del espejo, te acomodas la blusa y abrochas por detrás el cierre de tu minifalda. Calzas tus piecitos en las sandalias celeste, te admiras por última vez en el espejo, portas tu bolso, echas la cartera, las llaves y te vas. Sales airosa y alegre del bungalow alquilado, andas sobre la vereda de plumarias, sabes que el calor pronto hará mella, buscas la salida del fraccionamiento, ahí esperarás a Rita.

Miras la carretera a través de tus gafas oscuras, ella te ha dicho que llegaría a las nueve y que su coche es un datsun color tabaco, te preguntas si Rita será puntual, no la has visto durante años. Un coche pasa de largo y te quedas mirándolo, instantes después, un coche coloca la direccional y disminuye la velocidad para orillarse bajo las palmeras, te acercas y abres la portezuela.

—Mujer sube, qué bien hueles...

—¿De verdad?!, creo que he olvidado perfumarme, debe ser el saco.

Rita maneja por la carretera serpenteando los montes desbordantes de helechos y acequias, en unos minutos se aproxima a la zona costera y de a poco la línea del litoral comienza a apreciarse en el horizonte...

—Es un placer mirar el mar, siempre me sorprende como si lo encontrara por

primera vez. Oye Vera, ¿te gusta estar aquí?, porque el calor es sofocante y no es fácil acostumbrarse a él, yo no he podido, a pesar de que llevo un largo tiempo viviendo aquí—digo, y al final le ofrezco un abanico que hay en la guantera, acto seguido ella comienza a abanicarse y responde mi pregunta:

—Por unos días está bien, aunque preferiría haber venido acompañada—entonces ríe y mueve el cabello para orearse el cuello y la nuca, esparciendo el aroma de su perfume—Está divino, ¿dónde lo conseguiste?

—Traje varios de Valencia. Quédate con él Vera—le pido con estimación.

Desde la radio local se informa sobre los efectos de la inversión térmica en el puerto. Te levantas las gafas para mirar la franja que divide el mar del cielo, a través de la refracción de la luz parece que una flota náutica se remece sin tocar el agua... es el espejismo del Fata Morgana; hay anhelo en tu mirada, sonrías y el labial anaranjado te pinta un poquito los dientes, tocas tu muslo y sientes la textura de la media, te acomodas el fleco, se te ha ido hacia atrás por el aire que corre por la ventanilla, sacas del bolso un pañuelo desechable y limpias de tu frente las gotitas de la transpiración.

Rita te ha invitado a un restaurante muy lindo, selvático, para ingresar debieron pasar por un andador de ladrillo recién regado, cubierto de un lado y de otro por lianas y enredaderas tropicales, cariotas y anturios gigantes, por ahí un par de tucanes se alimentan de pitahayas siendo una irresistible atracción que hace detenerse a quienes van llegando. Adentro, los macetones colgantes, sobre las mesas de los comensales, se tambalean tensados desde prominentes cuerdas, a causa del aire proveniente de los ventiladores y de la brisa marina que entra por el mirador; por otra parte, corales, anemonas e hipocampos, subsisten en cautiverio. Son recibidas por un par de meseros en una mesa para dos, las poltronas son acojinadas y suntuosas; ya sentadas, mientras a Rita le muestran el menú, tú observas en el techo la estructura de bambúes, arriba de ustedes las aspas de madera están girando sin tregua y en los macetones colgantes, miras que las raíces de los filodendros se están saliendo por debajo.

Necesitas ir al sanitario, pasas por la pista, ahí está el dueto orquestal de piano y clarinete, complaciendo al público con "Zarabandeo" de Arturo

Márquez. En el sanitario entras al individual, topas, más arriba de tu cabeza, una ventanita rectangular en la pared, te da curiosidad, bajas la tapa del inodoro, te quitas las sandalias y subes, desde ahí se aprecia el acantilado, dos aves van en pleno vuelo, quizás sean fragatas, buscas el rastro del Fata Morgana, mas, se difuminó, repentinamente desde el otro lado un monito ha trepado al brocal de la ventanita, lanzas tu torso hacia atrás y bajas al suelo de un brinco, ríes tocándote el vientre, el simio te mira, se olvida de ti y comienza a manipular entre sus manitas una tira de perlas... sientes mucha simpatía, te colocas las sandalias y sales. Afuera del individual te acomodas la ropa, husmeas el saco con la nariz para confirmar lo que Rita te dijo, sí, huele a perfume.

Vuelves a la mesa...

—Te pedí una conga, son coloridas y deliciosas, llevan un poco de granadina y, para empezar el desayuno, un coctel de frutas, ahora verás, sirven muy bien —le digo y en tanto ella organiza, con aprecio, el abanico español del lado izquierdo junto a sus cubiertos, pienso en cómo decirle lo que tengo que decirle.

Llegaron las congas y los cocteles...

—Vera... te fijas qué rizado es el cabello de los meseros...

—A ver, me fijaré discretamente...

—Y cuando se acercan huelen a aceite de coco... cierra los ojos cuando se acerquen para que huelas mejor...

—Lo haré Rita... lo haré...

Tomas la cucharilla de mango largo para llevarte a la boca la primera porción de fruta, observas los minuciosos cubos de colores bañados en zumo aquello es dulce y fresco, después bebes un poco de tu bebida en tonos degradados, abajo lo más fuerte, arriba lo más claro, tus huellas han quedado sobre el vaho helado del grueso cristal de la copa bola. No han terminado la fruta, cuando llega el café y los platonos ovalados con chilaquiles, pollo y frijoles. Hacen a un lado los cocteles para acercarse el guisado, se colocan la servilleta de tela sobre las piernas y toman los cubiertos. Uno de los meseros se acerca y hace un espacio sobre la mesa para colocar una canastilla con piezas minis de pan y una mantequillera... el mesero se aleja y murmuras con los ojos cerrados

“Tienes razón Rita, huele a coco...”, se disponen a iniciar su desayuno cuando comienza a sonar, ensordecedoramente, una alarma.

La estructura tubular de bambúes que atraviesa y da soporte al techo, se parte a la mitad cayendo sobre las mesas, aplastando un par de comensales. Has bloqueado con vehemencia las llamaradas, sólo sientes un ardor abrasador y estás recordando lo que tu amiga te preguntó de camino al restaurante: “Oye Vera, ¿te gusta estar aquí?, porque el calor es sofocante y no es fácil acostumbrarse a él...”.

Rita se aferra a tu mano, algo te está diciendo, mas ya no la escuchas. Sus manos se han calcinado juntas.

## 5. Laureana I

Me fui temprano, un rato después de que Polo saliera del departamento, eran las cuatro de la tarde y el sol estaba ahí. No sabía a dónde ir, me quedé en medio de la calle, miré a un lado y a otro, conteniendo diminutas explosiones en la garganta y en el estómago. Pensé en ir con Gibran, pero estaba lejos, además llevaba la mochila pesada a la espalda llena de ropa y libros. No podía deshacerme de aquel embargo de la mente, surgiendo más punzante en las horas vespertinas, ese *no saber qué hacer, ni hacia dónde dirigirme*, me posicionaba al límite de mí misma.

Recordé el té y la tarta Santiago, para llegar allá serían un par de estaciones en el metro, aunque no sabía si resistiría. Era mejor que ir a la Biblioteca Central, en aquel recinto debía leer donde no había ventanas, mas, sin balcones *parecía, sólo parecía*, estar preservando mi integridad. Tampoco quería regresar a mi departamento pues la tarde apenas iniciaba, e imaginar estar allá con luz del día... era algo agobiante.

Caminé hasta la avenida, encontré la gasolinera y en la esquina del Grand Hotel esperé el rojo para cruzar. Era un alivio poseer boleto, porque esperar formada el turno para obtener el pase, hubiera sido una situación que me habría hecho acopiar pensamientos... Iba rápido, sin embargo, tuve que detenerme delante del mapa, porque nunca sabía cuál dirección era la correcta, me aseguré y fui a esperar en el andén. Parada ahí, evitaba a toda costa mirar hacia las vías o hacia el túnel, las palmas de mis manos estaban sudando y adentro de los borceguíes enroscaba nerviosamente mis dedos; no quería mirar a nadie, pero ahí estaba la gente, a mi alrededor, y nadie parecía padecer tanto ese momento como yo.

Llegó el metro y abordé con temor. El transporte venía casi vacío, trataba de respirar con normalidad, mas, el aire comenzó a detenerse en la entrada de mis fosas nasales, al mismo tiempo mi corazón se aceleró, tuve que moverme para disgregar el descontrol que provenía de mi cabeza, soslayando caer en pánico. Allí plegados, estaban los carteles divulgando conciertos gratuitos en el zócalo de la ciudad, esta vez el festival presentaría música balcánica, miraba sin mirar en tanto cavilaba otras cosas... ¡Qué diablos tenía que sentir, pensar o vivir, para saber o entender qué y por qué yo!, ¡hace diez años me había acaecido lo mismo, era una adolescente que cuando miraba a las personas viejitas se apaciguaba y sentía envidia...! me preguntaba, ¿cómo era posible que ellas hayan llegado a la senectud?, ¿cómo no estaban encerradas en la cárcel, en un nosocomio o en un féretro por haber atentado contra alguien o contra sí mismas...? Años después, otra vez... ese terror, esas ganas de no sé qué, ese infame estado de beligerancia. Se abrieron las puertas en Eugenia y sentí un breve sosiego. Salí de ahí para buscar la calle del Bistro.

Llegué. Pedí en la barra y fui a una mesa. Sentada recordé que tenía el cabello hecho nudo, atado hasta arriba en un molote; llevaba días sin bañarme, Polo todavía no tenía agua caliente en el departamento. Miré el reloj de pared y descifré la hora en los números romanos que indicaban las manecillas, eran las cuatro treintaicinco, lo corroboré en la pantalla del teléfono celular, no sabía si disfrutaría del tentempié... El estrés me consumía de a poco, mi asesor de tesis se fue cuando mi investigación estaba en el último capítulo; por otra parte, no definía si mudarme con Polo o casarme con Gibran para ir a vivir al sureste o, mejor era, no continuar con ninguno de los dos, empero, decidir el fin me causaba una pavora inefable; además, la cantidad de clases de danza que impartía y tomaba me tenía embotada. Ninguno de mis pensamientos estaba siendo un beneficio, había momentos en los que pasaba de una textura a otra, podía columbrar liso o corrugado sin el tacto; físicamente estaba enflacándome y lo elemental no discurría, comía y de inmediato tenía taquicardia y necesidad de ir al baño, dormía mal, despertaba peor...

Llegó mi pedido a la mesa, tenía al frente un florerito de cerámica con un par de alstroemerias.

—¿Qué música suena? —pregunté, porque a pesar de gustarme me causó tensión y cierto espanto.

—“Madrigal” de Mario Lavista—me respondió la dueña del lugar, quien estaba sentada en la mesa de la esquina revisando la administración, lo supe porque en una mano sostenía un fajo de tiquetes y con la otra tecleaba las cantidades en una calculadora para después anotarlas en una libreta de contabilidad.

Abrí la mochila y busqué uno de los libros, no lo hallaba entre la ropa, cuando lo hallé pensé en que probablemente no iba a poder concentrarme, pero al dar un sorbo a la bebida y percibir la pimienta negra, el cardamomo y el clavo, se desató el impulso de buscar la página en la que me había quedado. Releí... “¿Y a dónde está el llano?”, y volví a pensar... “¡Estúpida gente, ese llano está en *El llano en llamas* y se acabó!, yo que Rulfo les hubiera dado un puñete en la mera cara, pero no, él jamás habría hecho eso... ¿o sí?”, entonces reí. Me acerqué el plato y miré esperanzada aquel pedazo triangular con base firme, sosteniendo y dando cuerpo a una considerable porción de trocitos de almen-dra combinados con algún confite, lo levanté y lo mordí en la punta.

Sonó mi teléfono...

—Bueno

—Chinita, voy a salir a las seis, ¿nos vamos a ver más tarde?

—Sí, ¿a las siete?

—Sí, a las siete. ¿Me quieres ver otra vez?

—Sí

Eso fue un paliativo, ya tenía ocupada la tarde, ahora respiraba mejor, debía concentrarme y aprovechar el tiempo, tenía a mi disposición más de una hora. Quince minutos después, anegada de ansiedad, solté el libro, le coloqué el separador, me comí todo, guardé mis cosas, pagué y me fui.

Como era temprano quise perderme. Serían mentiras si dijera que gozaba de caminar entre las sombras de los sicómoros o pensar en ver a Polo, nada me daba concordia, llevaba meses ensimismada, en una constante conflagración. Había acumulación de organismos vegetales constituyendo bosqueje por doquier, en la banqueta, en las llantas de los automóviles en marcha, en los garajes, aljibes inservibles y vergeles delanteros de las casas viejas. Iba

pensando en lo lento que transcurre el tiempo cuando la hostigaban a una tan acuciantes sensaciones, elucubrando sin descanso acerca de la finitud y el sinsentido... Iba andando, derruyendo el bosqueje con mis borceguíes, cuando escuché que alguien me habló... seguí de largo; de nuevo, alguien me hablaba, esta vez me detuve y miré a todas partes, nadie... Una vez más, ahora me quedé quieta y respiré, cerré los ojos y temblé, porque si esa voz no estaba afuera, entonces... estaba adentro... Tendría que confesarle a la profesional dichos acontecimientos psíquicos, ¡me enviaría directo a sacar ficha al hospital de psiquiatría para medicarme y combatir así: lo "esquiza" que me estaba poniendo! Al llegar a la conclusión anterior, me dieron ganas de vomitar y llorar.

Abrí los ojos esperando lo peor, noté que desde la ventana de un edificio se asomaba una mujer, tenía casi medio cuerpo afuera y su cabellera suelta flotaba en el aire.

—Oye... ¿te acuerdas de mí?, soy Laureana.

—...

—Ven, sube. Te espero aquí—dijo sin escuchar respuesta.

Dos personas, cargando sacos de papel estraza con despensa, ingresaron al edificio "Cuauhtémoc" a través de la puerta de cristal, diciéndome: "Pasa", y yo pasé. Me quedé pasmada en medio del vestíbulo mientras estas personas ascendían la primera docena de escalones y un niño salía de uno de los departamentos de la planta baja con dos schnauzer, los cuales se detuvieron, tensando sus correas, para husmear en las hojas de una kentia decorando un rincón de aquel vestíbulo. Subí, iba mirando los números plateados en las puertas de los departamentos, algunas con distintivos. No sabía en qué piso estaba Laureana, ¿sería el tercero...?, llegué al tercero y todas las puertas estaban cerradas, subí al cuarto, al quinto, y nada. Descendí con más atención, la puerta del 304 estaba entornada. Abrí un poco y me asomé con tiento, el departamento... en tinieblas, las cortinas... cerradas, descubrí cada vez más el interior y paré en seco al oír una carcajada espeluznante, la cual me detuvo el corazón...

—Pasa, no hago nada.

—¿Te puedo ayudar en algo?



—Claro, entra y cierra.

Tenía la lengua entumecida, recordé los menjurjes que lleva el té que bebí en el Bistro.

—¿Hueles a...? ¡clavo!

—¿En qué te ayudo?

—La lasitud no es buena compañera.

En lo obscuro, Laureana estaba sentada en una silla de la mesa del comedor y cuando habló, traté de ubicar su voz entre las múltiples voces que había escuchado en la universidad, al levantarse me di cuenta de lo inmensa que era, no, no la conocía, aquella estatura era inconfundible. Por su gigantismo se levantó y caminó con dificultad, al verla andar hacia mí, amenazante, recordé el puñete que Rulfo debió darle a la gente que lo cuestionaba por la ubicación geográfica, real, del llano...



## 6. El tiempo de tus tardes

La noche de tu cumpleaños, después de festejar con un paseo nocturno en carro, Gibran te dejó en la puerta de tu departamento, te dio a entender que ya salía con alguien más y se fue. Al otro día buscaste a Polo y todo se acabó.

Temías caer en desesperación, en un impiadoso desbarajuste mental, por no saber qué hacer con el tiempo de tus tardes, a esa hora en que el sol está en su auge y el tiempo parece no avanzar, quedándote dormida, despertando perturbada de siestas para recordar que, además de la psicosis, estabas sola.

Te dedicaste a concluir los trámites de titulación, ibas y venías por la ciudad recolectando el visto bueno de los sinodales, desertando cada vez con mayor dificultad de una vesania intransmisible. Un día fuiste a la escuela de danza, ubicada atrás del Auditorio Nacional, obtuviste la firma de tu maestro de estética y volviste. De noche abordaste en el paradero sur, tomaste asiento y recargaste la cabeza en la ventanilla...

—¿Puedo sentarme?—te pedí.

Era enero y a pesar del frío, yo volvía de nadar.

Bajaste antes que yo.

Un mes después me acompañaste a recoger mi título de médico cirujano, recuerdo cómo lo acomodé en la cajuela.

A mis padres les dio gusto conocerte, pensaban que era gay. Te preparé una limonada, fui por mi violín envuelto en paliacates y toqué para ti "Xochipitzahuatl".

Salíamos asiduamente, buscábamos dónde ir a beber frappé.

Algunas veces permanecíamos por minutos viendo cómo construían, sobre aquellas plataformas elevadas, la línea dorada, sintiendo en silencio

cómo la piel, el cabello y la ropa se cundían de partículas volátiles, las cuales detestabas.

Un día nublado, paseábamos en la vereda ascendente de pirules y rocas volcánicas, incrustadas entre el ancho camellón que desemboca en la universidad, yo portaba cruzada, tu talega negra; me pediste sentar sobre una de las ingentes rocas, para hacer una fotografía. Al rato llovió.

Era semana santa cuando nos inscribimos al seminario sabatino de respiración circular, porque me interesaba la ancestral vibración del didyeridú australiano. Alguno de aquellos días, al salir del seminario, paramos en una plaza y te regalé el primer par de aretes de los que pendían... dos gotas de amatista.

Nuestro primer viaje juntos fue hacia aquella provincia repleta de cabañas, coníferas, cascadas, lagos, mariposas monarca y "¡duendes...!", decías tú eufórica y con malicia. Una semana antes de partir, te obsequié *Conduciendo a ciegas* y *Las doradas manzanas del sol*, ambos ejemplares los llevaste contigo al viaje, ibas pensando en el relato que narra acerca de la semejanza física, sin pertenecer al mismo clan, entre la gente de distintas generaciones, me lo compartiste, mientras íbamos en la carretera.

También recuerdo la emoción que te causaba salir de la ciudad e ir al monolito para escalarlo sin tregua, después de un rato subiendo hallábamos el manantial escondido en una pequeña gruta protegida por una rejilla. Un día encontramos abierto, nos encorvamos para internarnos por la hendidura e inspeccionar en la cavidad, nos lavamos la cara y bebimos del ojo de agua, después continuamos, como siempre, hasta llegar a la cima.

Tus ojos se colmaron de afección al escuchar en concierto, por primera vez, los temas de Erick Satie con orquesta, apretabas mi mano en tanto la música emergía de manera vertical, para redirigirse luego hacia nosotros. Al salir de la sala Nezahualcóyotl no hablamos, caminamos y nos aquietamos al escuchar los sonidos provenientes de la veta ecológica, aquello era el campus permeado por la noche y por el complejo canto producido en la siringe de algún pájaro, sin movernos demasiado para no azuzarlo, lo buscamos... ahí estaba, era un picogordo, lo miramos un instante y voló hacia el panel este-

lar centelleando su plumaje lapislázuli. Antes de volver a casa, recorrimos la ciudad.

Pasó un año.

—¿Te quieres casar conmigo? —te pedí.

Aceptaste, entonces nos abrazamos en el gabinete de aquel buffet y fuimos dichosos...



## 7. Laureana II

Iba en tacones de charol rojo caramelo, al bajar del puente abordé el transporte que recorrería una parte de Churubusco yendo hacia Insurgentes. Me dirigía al liceo donde impartía un curso de filología, iba pensando que recién se había quitado la vida uno de los estudiantes, me cuestionaba si, antes de lo que él decidió, había sentido una insania semejante a la que yo sentí. Aquel trayecto me calaba, tomaba asiento y aún, años después, las palabras de la gigante resonaban dentro de mí... "La lasitud no es buena compañera", empero, ahora me habitaba una poderosa nostalgia, retráctil ante los demás, que me balanceaba proveyéndome de añoranza suficiente para evadir... cualquier otro descalabro... Al salir del liceo caminé para encontrar transporte, pero tuve que detenerme pues no soportaba los pies, busqué un lugar y me senté, desabroché las pulseras que rodeaban mis tobillos, me revisé, tenía ámpulas en la piel que cubre el tejido de los tendones. Abandoné las zapatillas. Regresé descalza. Arriba del puente, me quedé un momento a observar la interminable marcha de la ciudad de México, mientras ella, con la distorsión de su faz, me miraba también.



## 8. Violeta

*A Nina*

La madre de Violeta se dedicaba a vender cuarzos y objetos con piedras en una accesoria, a pocas calles del zócalo de la ciudad capital. Vivían en una colonia cerca del negocio, en una casa antigua y descompuesta que alquilaron por muchos años. Con el tiempo se volvieron las dueñas, porque la señora quien rentaba murió después de una longeva vida de más de cien años, cediéndoles a sus inquilinas las escrituras de aquel lugar, más valioso por la ubicación del terreno que por la construcción, pues ésta, estaba a punto del derrumbe.

Al frente de la casa inauguraron un parque, el cual por una década se mantuvo protegido por los vecinos, turnándose para realizar las labores de jardinería con más esmero que los trabajadores de poda y riego de la delegación. El área fungía para la convivencia de la gente, sobre todo de las infancias quienes además de recrearse en la resbaladilla, los columpios y el subibaja, jugar a las escondidillas o corretearse entre sí, se engolosinaban con el carrito de nieves, la canasta de merengues, amarantos, pepitorias, dulces de leche y fruta cristalizada, con la carretilla de botanas ofreciendo combinación de cacahuates, garbanzos y nuez de la India, con el señor de la bicicleta que traía chicharrones preparados con chile y limón o con el señor de los algodones quien, además, colocaba una estampa que intercambiaban mientras saboreaban pedazos de nube lila.

Cuando Violeta nació, aquel espacio comenzó a deteriorarse y personas sin techo buscaron allí un refugio, arribaban con sus pocas pertenencias, en compañía de uno o dos perros, tendían sus plásticos, cartones y cobijas en

algún rincón, permanecían por unos días y posteriormente continuaban su errancia, deambulando a otra zona del centro. Por otra parte, se podía ver a los gatos bebiendo de los resabios mohosos de la fuente, atorando sus zarpas en los troncos de los cedros, persiguiendo y a veces cazando a las tórtolas, esperando que las ardillas desprendieran de los duraznales el fruto tierno, para robárselos y hacerlas rabiar. Había gente que decía que los gatos no debían tener crías y los envenenaban con vileza, pero había quienes opinaban que los mininos eran cardinales para controlar la plaga de ratas, las cuales eran patronas en los drenajes y suburbios de la metrópoli.

Por la mañana, se veía a las escolares atravesar el parque aprisa, con sus zapatos de goma para no derraparse, ingresaban puntuales a la secundaria diurna, a la salida se les veía reunirse unos minutos en las bancas de acero y antes del alboroto y la humareda de los cigarros de las adolescentes, algún vecino aprovechaba para salir a esparcir migajas de birote a las palomas, dejándose venir en parvada para alimentarse. Más tarde, los niños que vivían en la calle, se aglomeraban en una esquina para repartirse estopas con tiner, en tanto, despacio pasaba el camotero reproduciendo su brutal chiflido. De noche, ya con el parque vacío de humanidad, dos estudiantes del Conservatorio, a punto de graduarse, bajaban del cuarto de azotea que les prestaban, buscaban sitio debajo de una luminaria y se acomodaban sus laúdes para ensayar, una y otra vez, la pieza de Bach... el Preludio en C menor, BWV 999.

Violeta tenía seis años y desde el palco de la señora Margo —su madre, quien se hallaba inmersa en su mesilla de trabajo clasificando minerales—, observaba y escuchaba a las cuerdas con atención. Antes de que las músicas se devolvieran a su cuarto de azotea, la niña se escabullía, bajando por un hueco del balaustral, descolgándose por las raíces de una centenaria yedra, ágil colocaba los pies en el piso de azulejo roto y desgastado, se dirigía al portón, retiraba la cadena de la verja sin hacer ruido y, al mismo tiempo, se asomaba estirando las puntas de los pies hacia arriba, para cerciorarse de que Margo continuaba en lo suyo, entonces salía, atravesaba la calle e iba al parque.

Allá tenía un lugar oculto, una pequeña depresión del terreno, con arbus-tos de camelias enmarañados, reptaba con codos y rodillas hasta topar con un

arenal, donde se tendía boca arriba para embelesarse del cielo atravesado por la derivación de la ramada; cerraba los ojos y permanecía sin moverse, al rato osaba mirar, encontrándose con unos discretos destellos, circunspecta introducía los bracitos entre los ramales para coger las sílfides de melenas jaspeadas, avecindadas entre los brotes; de las manitas empuñadas, blandamente, prófugos visos la hacían sonreír, mientras el dueto de cuerdas anunciaba que aún no era hora de volver a casa.

Margo salía al palco para descansar la espalda, tomar aire y ver cuando pasara el panadero, se colocaba los espejuelos en el escote, recargaba ambas manos en el balaustral levantando la cabeza para espirar la noche, pasaba una ojeada por las fachadas y por el parque, contando las copas de los cedros; bajo la luminaria, continuaban las músicas ensayando; después Margo se ensimismaba, comenzando a sobar las esmeraldas de sus collares y las verrugas de su pecho, pensaba que era hora de poner a hervir el café con canela, pues no tardaría en llegar el teólogo para interpretarle el tarot. Violeta, ya debía ir a dormir.



## 9. Mascada

Después de terminar el último bocado de una empanada de bacalao con aceitunas, avancé aprisa unas cuadras en tanto limpiaba con un paño yerto los residuos en las comisuras de mis labios y lo que se embarró en el bigote y la barba. Ingresé, con las manos adentro de los bolsillos acariciando mi billete de veinte, a una librería de viejo atrás de la catedral, para saber qué era lo que, fortuitamente, me deparaba alguno de aquellos de los miles y miles de folios. El tenue olor a degradación en plena calle se intensificó en medio de los angostos pasillos de la librería y de inmediato, entre los altores de documentos bibliográficos de un lado y de otro, mis pómulos y mi frente se atestaron con un cariz proveniente de la liberación de benzaldehído. Ya en el segundo piso saqué mis manos de los bolsillos, las sacudí en el pantalón, cerré los ojos y pasé el roce de mis dedos sobre los lomos organizados en un bloque, paré en uno, lo jalé hacia mí, lo abrí donde señalaba un cintillo de oropel y entonces leí:

Las rupturas amorosas suelen ser tan dolorosas... pero tú y yo que estuvimos tan lejos de aquellas dignidades humanas, podemos regodearnos de haber permanecido en esa especie de emolencia que nos impidió tantas veces caer desplomados al vacío. Después de mucho vilipendiarnos lo que nos quedó fue el fueguito dador de vida que nadie nos podrá expropiar. En aquel insignificante cuartito lleno de cositas y suciedad, se repetía la sonata para flauta y piano Allegro malinconico de Poulenc, mientras Mestiza tocaba la puerta a coletazos, nosotros ya íbamos lejos y sin amagos hacia el trepidante prurito que nos esclavizó por años. En las mañanas

salíamos al valle urbano, hasta llegar al expendio que inundaba la taquilla y los andenes con olor a mantequilla, los trenes se deslizaban sobre la rielada, zambulléndose entre los vericuetos de vías subterráneas, al tiempo nos ubicábamos en un breve espacio con las mochilas al hombro, sin hablar recargaba mi cabeza en tu pecho, con la bolsa de papel estraza en la mano aguardando la masa de harina recién horneada. Llegábamos a la biblioteca y allí nos tendíamos durante horas, ambos nos concentrábamos leyendo y confeccionando notas, de pronto nos decíamos algo en voz baja o nos tocábamos con los pies debajo de la mesa de trabajo. Afuera del recinto comprábamos congeladas de vainilla y emprendíamos la búsqueda de alguna tertulia; en la soledad de las calles practicábamos las secuencias de danza contemporánea y vociferábamos poesías. De vuelta, en la madrugada, abrazados contábamos las historias de Guy de Maupassant. En lo oscuro y con la cortinilla abierta, divisábamos la luna volcando, magníficamente, la silueta del bonsay que cubría la pared llana y a veces, en silencio, atestiguábamos la leve presencia de las distantes supuraciones de las fábricas y del volcán. Escuchaba sin escuchar, o veía sin ver, pues tenía los pensamientos en aquella estación base donde la expiración era lo superlativo, discerniendo, con un dolor entre las costillas, que el todo es apenas una marisma en el abismo, pletórico de nada, por eso vivía paralelamente sanguíneo, cabizbajo, eufórico y en suspenso continuo.

Terminé de leer el fragmento, noté que las hojas, amarillentas a condición de la lignina, se desglosaban, no importó, yo lo compondría; en el colofón estaba escrito a lápiz, casi difuminándose, dieciséis pesos, sonreí y me percaté que del otro lado alguien me miraba entre los libros, parecía de otra época, vi la mitad de una cara, con un ojo fijo en mí. Bajé esperando que en cualquier momento la escalera de caracol se derribara, me acerqué al cobrador, pagué y me fui.

Ella me esperaba.

Aquel día quedamos de encontrarnos en la esquina donde estaba la entrada de la casa de tés y tisanas, "El árbol de orquídea", llegué primero, lo esperé unos minutos afuera, sin embargo ingresé, tomé asiento en una mesita cuadrada que tocaba con mi panza crecida de siete meses, me acomodé el blusón porque me tocó una ráfaga helada en el ombligo, vinieron y me dejaron la carta atiborrada de inscripciones y láminas de las hojas, los pétalos y las raíces que ilustraban el material orgánico con el que elaboraban las bebidas. A mi lado izquierdo se hallaba el mostrador, donde preparaban un pedido que dejaron reposando antes de entregar, me distraje observando la cantidad de recipientes de cristal rotulados con el nombre de las mezclas. Vi de reojo, que alguien atravesó el pequeño local y cerró la puerta corrediza de la entrada para detener la corriente de aire...

—¿Ya se decidió?—me preguntó una señorita.

—Mmm... espero a alguien, pero... ¿recomienda algo para la anemia?

—Hay una infusión de ortiga y miel.

—Esa, por favor.

Después de unos minutos se enclaustró el bochorno, de manera distraída vi que una persona estaba sentada, dándome la espalda, en la mesita emplazada al otro lado de la entrada, quizá habría sido la misma quien cerró la puerta corrediza hacía un rato, mas, lo olvidé porque llegó Hildebrando y tomó asiento junto a mí, siendo así se acercó a mi oído.

—Cielo, traigo unos bizcochos en la mochila, ¿crees que me den permiso de comerlos aquí?

—¿Hablas de los bizcochos que olvidaste sacar hace semanas?

—Con una bebida caliente se ablandan. ¿Hay algo lechoso acá?—dijo y abrió la carta para elegir del repertorio, justo en ese instante levanté la cara y observé el entorno, la persona sentada en la mesita del otro lado de la puerta de entrada se incorporó, fui testigo de que aquella persona era un bulto que no podía distinguirse bien, sólo sabía que estaba de frente, entorné los ojos pensando que era yo, que quizá me estaba pasando algo a mí, pero no era yo, porque todo lo demás se veía perfectamente diáfano, en aquel momento

él, Hilde, dejó la carta sobre la mesa y me abrazó estirando el torso, quedando mi cara sobre su hombro izquierdo, yo seguí advirtiéndolo al hombre bulto, porque reparé en que quizá era hombre, tomó asiento nuevamente dándonos la espalda, segundos después volteó a mirarnos, su rostro se clarificó, pude entonces avizorar sus rasgos, tenía un ojo donde debían estar los labios y los labios donde debía estar el ojo...

Hilde sacó los bizcochos, mordisqueó uno, las boronas cayeron sobre la mesita y en el suelo, a mí me dio vergüenza. Vino la mesera, situó una tacita con un cintillo de oropel en el borde y trajo la tetera, vació el contenido, irguiéndose un vaporcito hechizante que olía a miel, se fue y enseguida acercó un pequeño platón para los bizcochos duros de Hilde, "Gracias" le dijo él y ella sonrió.

—Mira mi adquisición, pasé a Donceles—metió la mano a la mochila y sacó un libro viejo que colocó entre mis manos... *Sevicia*, era el título, lo abrí al azar y leí... "Esa turbia figuración evocaba un movimiento post mortem."

—Por favor Hilde, entibia esto...—sin despegar los ojos del papel pajizo, recorrí la tacita hacia él y me aflojé la mascada, hice esto último al experimentar la reacción en la nariz y la garganta a consecuencia de aspirar la celulosa convertida en polímeros...

...Después de tantas y tamañas tribulaciones saturando los días, el arroz blanco y las calabacitas se nos pusieron desabridas, llorábamos juntos sobre los platos servidos, al lado de la cocina revuelta. Nos tomábamos las manos sin saber qué hacer, porque el miedo es contagioso, porque yo no tenía miedo, pero tú sí, me trasegabas aquellas tus aprensiones, ya no sabía quién era yo, tu cerote se interpolaba en mi llaneza... necrosando mi fantástica juventud...

Leí. Me puse en pie para aliviar un poco la tirantez en las lumbares, después proseguí...

... no iba a ser la austeridad la que nos disociaría, vaticinabas, sería más bien aquel arnés de bemoles del que pendíamos como títeres, sin concernir a las miradas de censura del mundanal refrendándonos que no debimos hacer lo que hicimos, mientras tú y yo, anegados en un fogoso tropel de obstinación, persistíamos.

Con la uña de tu dedo índice intentabas desplegar el cintillo de oropel de la tacita...

—No hagas eso, siempre estás en ascuas—te dije y paraste.

Vino la mesera y dispuso frente a ti un cáliz cilíndrico con el té de caléndula lactescente...

—¡Me siento un presbítero con esto delante de mí señorita!

—Así se sirve.

—Ya veo.

Estaba leyendo sin atender, más pendiente de cómo sonaban tus tragos y tus masticadas, que de lo que decías, retornarías al sur y eso me estaba ajando la vivacidad del día a día, continuaste recalcitrante en el oropel, yo sentía removerse todo aquel humedal injertado en mi entraña, volví a incorporarme, estando en pie me sobaste las lumbares, en esa postura giré la cabeza hacia la derecha topando de frente, exactamente a mi altura, con un contenedor de naturaleza muerta, el cual poseía, además, la cara y el cuello de la persona difusa, con un ojo en los labios y los labios donde debería estar el ojo...

Me senté otra vez.

—Prueba un poco...—me pediste acercándome un bizcocho tieso, lo mordí cayéndome los rescoldos entre la mascada y otros metiéndose a mi pecho, calando hasta el corazón.



## 10. Bailarinas y duendes

Eran diez y mientras sonaba la música, hacían y deshacían figuras geométricas practicando danza experimental sobre la duela de madera o en aquella alquilada rotonda acuática rodeada de cipreses. Se iniciaron juntas, desde niñas, aprendieron a comunicarse con los ojos y a percibir sus energías. Casi siempre se presentaban todas, placiendo la ensoñación colectiva, reto intrincado, pues era complejo proveer todas las expectativas, mas, a través del ensayo se volvían dúctiles las subjetividades, hasta cundir en éstas una fortificada y potente sinergia decaédrica. Era menester arraigar en lo más hondo de las contribuyentes, una tendencia en la que la aportación individual hallara su máximo significado en el movimiento organizado de la tribu, porque allí estaba el origen esplendoroso que medraba durante la exégesis, convidándole al público de aquella incursión hacia lo infinito.

A lo largo del año eran partícipes de varios acontecimientos, en escenarios de diferentes ciudades; viajaban solas en dos vagonetas que poseían un distintivo del grupo para identificarlas, portaban sus vestuarios y aditamentos en diez compartimentos bien ordenados. Durante los viajes las ventanillas iban abiertas, los cabellos se alborotaban, cantaban, bromeaban, reían, se contaban historias y a veces observaban en silencio los paisajes que cruzaban. Un día, se dirigían hacia la capital del estado para alojarse en un hotel, regresaban de la presentación en un municipio donde, ante la ultrajada cotidianeidad de decenas de espectadores, interpretaron aquella pieza de los veintes titulada "Preludio a Colón", eran poco después de las diez de la noche y aun les restaba camino, cuando sucedió una cosa fuera de la habitualidad.

Iban cansadas, relajándose, recostando la cabeza en los respaldos, habían salido más tarde de lo previsto. En la vagoneta de adelante Caro peinaba a Pilar, cuando a Carlota se le ocurrió que narraran algún episodio “tétrico” que les haya sucedido, la copiloto, Cata, al escuchar la gran idea, bajó el volumen de la radio que sintonizaba el programa de “La Hora Nacional”, para incitar a las demás a poner atención y se animaran a participar del juego, entre tanto cogían bonches de palomitas de maíz. “¿Qué es ‘tétrico’?”, preguntó Pilar con los ojos cerrados, sintiendo las manos de Caro escarmenarle el pelo para trenzarlo, la pregunta quedó en el aire y entonces comenzaron a recordar que quizás sí tenían una anécdota que compartir... Ofe, la conductora, quiso tomar la palabra cuando inesperadamente fue interrumpida, algo las detuvo en el camino, acto seguido, frenó de súbito, haciendo detener también a la vagoneta de atrás.

Una cosa que no se podía creer, estaba ocurriendo ante sus ojos: una serie de duendes atravesaban en fila la carretera, eran diez, su sombra se proyectaba a lo largo del asfalto constituido de gravilla y chapopote. Las miradas azoradas de las bailarinas se clavaron en aquellos cuerpos enanos, de no más de cincuenta centímetros de alto, con ropas roídas, los pantaloncillos iban atados a las caderas con lazos que les astillaban la piel, andaban desgarrados, apoyándose sobre sus cayados, parecían inalterables, sin embargo, algo les decía, a ellas, que no debían alebrestar aquel mutismo, pues sospechaban unas faces siniestras. Sin poder creerlo, la copiloto echó la espalda hacia enfrente para acercarse al parabrisas y la conductora apagó la marcha del motor, dejando únicamente las luces encendidas; la afonía se suspendió por el ruido del ventarrón reacomodando los macizos de nubes en las cumbres del cielo, el terreno a los lados estaba cubierto por montones de paja seca, que los lugareños se encargaban de levantar para sortear los incendios forestales, ahora, el viento removía el pastizal haciéndolo crujir.

¿Acaso había que salir del vehículo para averiguar hacia dónde se dirigía aquella horda de hombrecillos maléficos? De la vagoneta de atrás bajó Celia Toral, para saber qué sucedía adelante, abrió con estrépito la portezuela y tocó la ventanilla de Cata, quien le señaló con el índice lo que acontecía a unos

metros, afuera la bailarina, aún con su indumentaria y su tocado verde amazónica, fue testigo de la visión y sonrió... arrobada dio un par de pasos más para aproximarse, el primer hombrecillo había llegado del otro lado, así el segundo, el tercero y todos los demás, las bailarinas los observaban sin parpadear, ahora sus pequeños zapatos se hundían entre la campiña, esto pasaba cuando Tina, Holanda y Delfi, bajaron de la vagoneta de atrás, creyeron que el vehículo de adelante se había averiado, sin embargo, también se percataron de lo sucedido, intuyeron que debían permanecer distantes y había que disuadir a Celia de su temeridad, mas, nada de murmullos les convenía, mientras tanto las manos de Camelia, la conductora de la vagoneta de atrás, permanecieron sobre el volante, listas para retomar en cualquier momento el camino. Ya afuera de la carretera, los duendes comenzaron a recoger piñas de oyamel que iban guardándose en los bolsillos.

Al terminar la colecta, salieron de la sombra humedecida, hacinada entre los árboles de oyamel y, nuevamente en fila, vadearon el campo descubierto, amacizando el paso sobre sus cayados, así los vieron partir. Al cabo de un rato, los duendes alcanzaron la falda rocosa de la ladera y fueron subiendo, meticolosa y templadamente, hasta perderse en la cima.



# 11. Paseante

No podría describir con palabras lo deleitoso que es andar de a pie por los pasajes entreverados de este barrio. Sólo atino a decir que vagar por acá me cunde de gracia y de algo así como inefables tentaciones e ideas. Espero la tarde con el pretexto de ir a cualquier diligencia para salir andando con la bolsa del mandado y luego mis audífonos, botas, sombrilla e impermeable, porque casi todas las tardes un chiflón alto corre ocultando el arbol dejando los nubarrones, siendo así, llueve; entre la habitualidad de las calles como las que se pueden hallar en cualquier alcaldía de la capital, terminando o antes de empezar alguno de mis procedimientos vespertinos, la caminata va apuntalando hacia aquellos pasajes a los que no se les terminan los secretos, ni las guías de mastuerzos. Durante el paseo una se mete acá, allá y las veredas se extienden, resguardando espacios tundidos de vegetación; se podría pensar que en la ciudad ya no se vive de horticultura, pero eso es mentira, los árboles frutales cubren con el espesor de sus vértices el cielo platinado de esas horas, depurando, para el equilibrio encadenado de los demás seres vivientes, esos ámbitos que están a unos minutos de ingentes vertederos y chatarra. Los retoños florecientes se intercalan, brotando como si el cemento fuese sólo una capa de mazapán, la pluralidad de hiedras se va encaramando a las bardas y a las mallas ciclónicas que dividen una propiedad de otra, las vallas cortas transmiten una suerte de esperanza connotando que... no todo es barrera para detener el robo y el crimen; de pronto no hay ni sencillas estacadas fraccionando los verdosos pensiles, así se observan los tramos empantanados donde caen las guanábanas partiéndose y luego agusanándose, o parajes cubiertos de tréboles con mosquitos y abejorros zumbando, más pinzones, jilgueros y

cardenalitos emitiendo gorjeos. Voy zanjeando las sendas interpuestas que merodean estas colonias, como dédalos de zazalic entre la maleza. Antes de que la gente resurja en los pasajes, hay una quietud que permite a lepidópteros y moluscos buscar sus abrevaderos, lejitos de los hongos tecomates, ahí se posan mientras nada les irrumpa. Suelo ver a una niña liberar sus salamandras en una pila con lirios y otras hidrófitas y a diario van los ciclistas por los andadores ofreciendo sus oficios, se detienen para enjugarse el sudor y empaparse la cara en los bebederos de los parques vacíos. Voy atenta y me gusta curiosear cuando las parejas de viejos están afuerita, revisando que no haya parásitos plagando las florestas de geranios, dalias y petunias, o pidiéndole de favor al señor jardinero el abono para el tejocote, el capulín, el manzano o el zapote blanco, en tanto el hombre, todo un menestral a pequeña escala, arregla los huacales de borraja azul y gordolobo, o da la recomendación para colocar las semillitas de fragaria. Yendo por un viraje, me topo una rinconada con rosas de alabastro, bromelias, sábilas, nopales con tunas moradas, cactus de órgano gigantescos y circuitos con bejuco de chayotes y pasifloras. No se puede creer, la paseante no lo puede creer y vuelve cada tarde porque allí no se le olvida respirar, curveando el atajo entre el junco al paso de las fontanas, viendo cómo el floripondio vive con la corola hacia la tierra asperjándola con polen áureo, deteniéndose a mirar de cerca las setas psaritellas, escuchando escabullirse algún tejón ya satisfecho del zarzal, reventando el carrizo con la bota, pisando complaciente las bolitas tiradas del piracanto o sonriendo, porque la gente corta confiada las ramitas de toronjil, manzanilla y mejorana, ante la presencia de un tecolote vedado entre el ramaje del liquidámbar... Me aparto, con los pulmones cetrinos, antes de que los nubarrones se descongestionen y escurran su precipitación, ahora abro mi sombrilla y subo el volumen a mis audífonos, para continuar "Una flor en la laguna", de Oliva.

## 12. “Marionas”

Habría pasado de largo, pero mejor me he detenido en el ventanal del pasillo. Pusieron luz allá afuera para alumbrar la velada, hay varias mujeres tañendo guitarras y un hombre percutiendo un membranófono que parece la luna. Me detengo acá, antes de empezar dicen que tocarán una pieza del siglo XVII, todos se han callado, añaden que Gaspar Sanz debió estar muy apasionado cuando la compuso, porque la gente que la baila trama complicidades y se corteja con desenvoltura, entonces se ríen y algunos se sonrojan. Estás de pie debajo de la buganvilia esperando tu turno, tu amigo, el cantante, se te ha acercado al oído y te ha hablado, qué te habrá dicho él, no lo voy a saber nunca. Ha iniciado la pieza en el patio de la casa verde... vaya, qué cosa más pertinente esa música para observarte antes de desvanecerme, me cuesta tanto estar aquí. Estoy atenta, me interrumpen dos que han entrado furtivamente para besarse entre las sombras. Alguien llega, te da su mano, quiere bailar contigo.

Mejor me quitaré del ventanal.

Comienzo a vagar un poco en la penumbra, miro desde arriba el interior de esta casa, los dos que se besan no se han dado cuenta de mi casi presencia, sería poco verosímil que alguien me intuya, siendo humo me voy desplazando de habitación en habitación, creo que se ha quedado una parte de mí en algún muro de la estancia, no estoy entera. La barra de la cocina es blanca, hay gotas de té dorado derramadas, moronas de pan de piloncillo y semillas de girasol... no, creo me lo estoy suponiendo, las gotas, las moronas y las semillas eran de cuando yo vivía aquí. Me asomo al cuarto de la pileta, está casi vacía, pronto será la hora de venir a abrir la llave para captar el agua, lo sé porque así lo hacía antes día a día... Ahí, en el fondo del tanque, parece que algo está surgiendo,

esto puede ser porque me he quedado mirando fijo, sigo la música y estoy reflejándome en la lámina plateada que cubre la mitad del tanque, es sólo el reflejo de un efluvio... hay un mortero en el lavadero, tiene residuos de sémola; las aspidistras alrededor de la pileta están muy verdes... las cuidan, las riegan, ellas depuran el aire, soy un pequeño remolino de humo que se entrefera en estas hojas de pote, de ahí me elevo para arrinconarme en la esquina del cuarto. Viene alguien.

¿Ahí estoy, soy yo? Soy las gotas doradas, las moronas, las semillas... la sémola untada en el mortero, los besos untados en el muro, la filarmonía introyectada en el éter, me cuesta un gran esfuerzo reconocermé, sí, soy yo, parece que consustancialmente no he cambiado, emplazada en la conjetura del tiempo, el espacio y la energía del mundo y de la tierra, que no es igual. Sí, parece que ella soy yo, cuando yo habitaba esta casa, cuando yo vivía, ahora el brazo se estira para dejar correr el agua, aquello comienza a chorrear de la llave siguiendo la melodía de las cuerdas y el ritmo de la percusión, el fluido mana a borbotones, como a borbotones entra la noche a través del numinoso tragaluz, salpicando la ropa, la cara; sí, ella soy yo, es un desdoblamiento, son dimensiones eslabonadas, se ha quedado mirándose las uñas, mientras espera un poco; ahí viene él, tiene un minuto para anunciar que su turno es después de "Marionas". Es irrevocable, soy yo, te abrazo del cuello, me besas la frente, me rodeas la cintura y... bailamos... marcando la pulsación del membranófono, sintiendo la otredad en las mejillas a cada palmo de guitarra.

Empieza a mermar mi visibilidad, la pileta va perdiendo su complejión de breve rectángulo de hormigón, la lámina plateada se vuelve de azogue desparramándose sobre el agua, pronto se llenará la pileta y no podrá contener el líquido, lo estoy viendo ya: brotar del tanque el agua, devorándose las aspidistras y todo lo que en su paso hay, inconmensurablemente. La imagen tuya y mía se va de a poco instaurando en lo intangible y de manera simultánea se cubre de agua. No puedo retenernos más.

Antes de que la imagen se prodigue de manera irreversible comienzo a sospechar que cuerpos cetáceos emergerán del agua, entonces alguien toma con la mano el remolino que soy, doy vueltas en su palma; el remolino de

humo comienza a iluminarse, la mano busca una salida guiada por el brazo para sacarme de ahí, me lleva afuera atravesando el tragaluz, "Marionas" está en los últimos acordes. Antes de salir de la casa verde, que está a punto de abstraerse, ingreso en la buganvilia, cruzo esa breña de flores guinda donde está dormido el colibrí. Al salir de la enramada se aleja el remolino que soy, voy volviéndome de fuego desmembrándome palmo a palmo, para comenzar a bregar en espiral, infinitamente.



## 13. Cuidandero

Había salido temprano de la facultad y en lugar de encontrarme con Herlinda para volver al palacete derruido que teníamos encargado, caminé hacia el sur por una hora para hallar el sitio donde me habían dicho necesitaban a alguien que cuidara de dos personas mayores. Después de la Gran Avenida llegué al Paso de los Funerales, ahí me detuve para comprar algo de beber y mientras lo hacía pensaba que en ciertos días de diciembre el calor del sol puede ser enervante. Estaba triste, lloraba atrás de los lentes oscuros, Herlinda me advirtió que se iría pronto de la ciudad, no toleraba más habitar en la piscina de esa construcción afrancesada de 1900, me confesó sentir que aquel cascajo antaño se nos podría venir encima en cualquier momento. Pensé que era egoísta pedirle que se quedara, o quizá fue por orgullo que no se lo pediría, sin embargo, yo estaba sufriendo. Callé mi mente y vino a mí la imagen de mi compañera de teatro, también bailarina, con su traje de dracena, contando tramas con los movimientos de sus manos acerca de la vida natural en las Islas Polinesias. Después de beberme la mitad del agua mineralizada seguí avanzando con la mochila a cuestas. Me detuve a precisar la anotación en mi mano de la calle y el número que buscaba, pero me distraje al reconocer las Tres piezas para piano de José Pablo Moncayo, sonando desde la galera de un anticuario donde una pareja oía atenta la narración sobre la historia de un teléfono, de esos que salen en las películas de blanco y negro. Continué, del otro lado el Paso estaba cerrado porque circulaban con lentitud tres carrozas dirigiéndose hacia los velatorios, atiborradas de coronas con crisantemos y gladiolos, atrás venían los condolientes seguidos de una banda de músicos, entonces saqué mi cámara y tomé algunas fotografías. Más adelante, esperé un minu-

to porque arribó una ambulancia al sanatorio de enfermedades mentales, se estacionaron atajando la acera pública, de la parte de atrás del vehículo ayudaron a descender a un muchacho como de mi edad y misma estatura quien, sin moverse, permanecía mirando el suelo reusándose a ingresar a la institución, pensé que quizá podría capturar aquel momento, pero los enfermeros me hicieron señas de avanzar y, como "buen ciudadano", acaté retomando mi caminata, dejando atrás lo que hubiera sido un testimonio gráfico de la instrumentalización del Estado. Proseguí, tenía hambre, probablemente debía detenerme y comer algo, por unos segundos me quedé mirando cómo un amigo tortero realizaba su oficio en uno de los establecimientos, él me miró mirándole, por ende, voceó efusivo: "¡Pásele, pásele...!". Sin resistirme más, pedí desde la barra de afuera:

—Una de milanesa con quesillo, por favor.

—¿Res o pollo? ?—preguntó el amigo tortero, entre tanto ya embarraba en el bolillo manteca y frijoles.

—De res.

—¿Escabeche o chipotle?

—Un poco de escabeche, gracias.

—¿Para acá, para llevar o para ir comiendo?

—Pues no lo sé amigo...

—Decídase en lo que termino de hacerla.

—...

—¿Cebolla, aguacate, jitomate?

—Doble de todo.

—¿Le cae?

—Me cae, no me dio tiempo de comer.

—Sale doble mi cuate.

Me quedé ahí, sin quitarme la mochila me senté en un banco y comí sobre la barra, entonces llegaron seis hombres que se acomodaron en el interior del establecimiento, sin ver la carta comenzaron a pedir, por último, gritaron: "¡Chile aparte!". Reconocí a uno de ellos, lo había visto en la Biblioteca Central, siempre solo, leyendo y escribiendo sus glosas en la planta

baja, pelón, de lentes, "sí... a él le dicen 'el Heras'", recordé mientras tragaba un bocado grande de aquella cosa doble que había elaborado mi amigo el tortero, interrumpí el pisolabis pues se me ocurrió fotografiar a aquellos seis truhanes, que estaban tan entretenidos jartándose las tortas y los refrescos, riéndose y hablando con alaridos como si fueran los patrones del Paso. Disimuladamente, saqué el artefacto de la mochila, lo centré y, como "buen pelafustán", les robé un par de instantes. Terminé de comer, aún traía la tonada de las piezas de Moncayo resonando en la cabeza, así toda la tarde hasta ver oscurecer, como si sólo hubiese imágenes con música, sin diálogos, sin palabras siquiera... Pagué y me fui.

Encontré el sitio que buscaba, no hallé a nadie, regresaría después con todo y valija, decidido a quedarme. Caminé de regreso el Bulevar del Tranvía, el Paso y la Gran Avenida, sobre ésta iba andando mis pasos encima de la roca basáltica, aguzando mi oído a las manifestaciones de la reserva en aquella su geomorfología, anidando en la soterrada noche. Más avanzado fotografié las luces fugaces de los automóviles, los edificios y alguna que otra gente yendo de vuelta a su hogar después del trabajo.

A las nueve, al terminar su clase de danza, llegué por Herlinda, antes de salir la esperé afuera, miré cómo era feliz bailando, cómo había progresado de hace unos meses a la fecha, ahora la técnica tenía su toque histriónico, su mirada no se cohibió ante mi presencia, al contrario, parecía que yo no existía. Decidí no engancharme, dejarlo pasar, dejarla ir, pegada al cuerpo de su pareja de tango, respirándole él al oído. Me reflecté en una de las lunas, sin duda era más guapo que él o al menos eso me habían hecho creer mis compañeros de la facultad, que era más guapo que otros hombres... Había olvidado las grajeas de regaliz... en la barra de la tortería. La miré sentada quitándose las zapatillas, colocándose sus botines borgoña, acomodándose la gabardina, alzando dramática su maletín.

Esa noche al volver al palacete hicimos lo habitual, escuchamos la radio, barrimos la piscina, encendimos la fogata para quemar la hojarasca, asamos cecina, servimos vino, regamos las matas, revisamos que ya no tuvieran insectos, al contrario, ya venían los frutos... Más tarde bajé el toldo y nos fuimos a

dormir, dejé sintonizada la radio, con suerte volvería a escuchar las Tres piezas de Moncayo... sí, con suerte sería así, me despertarían de madrugada o se inmiscuirían en mis sueños. Me quedé dormido, muy pronto...

...Por fin, llegué a la casona ubicada en la esquina del Bulevar del Tranvía y Peña Pobre, toqué la aldaba, después de un rato escuché: "Pásele", levanté una pierna para franquear el borde del portón que estaba emparejado, entré despacio, un tanto inseguro, la cochera estaba helada y oscura, unos pasos más y ahí estaban las dos mujeres sentadas:

—Soy Iván.

—Pase usted... ¿o lo podemos tutear?, mire que podría ser nuestro nieto.

—Sí, pueden tutearme.

—¿Cuándo puedes empezar?

Entonces pensé en Herlinda... Unos instantes después contesté:

—Cuando ustedes quieran.

—Necesitamos que te quedes antes de las celebraciones, ya sabes... el día de la virgen, las posadas y luego navidad... queremos arreglar la casa.

Ya no oí lo demás, porque del faldón de una de ellas, por debajo, salió un moyote...

Con pesadez abrí los ojos, la radio seguía, se colaba el aire por una orilla del toldo, quería abrazar a Herlinda, pero no podía moverme...

...No oí lo demás, seguí al moyote, guiándome adentro de la casona, quería que se detuviera para fotografiarlo y llegando al palacete contárselo... "Herlinda, ayúdame a revelar esta secuencia...", traté de hablarle a ella, pero mi boca estaba atascada entre la saliva, la lengua, el paladar y los dientes, de pronto sentí que se me desbarataban las encías, soltándose un par de muelas y, enseguida, reconocí el hierro del sabor de la sangre... Seguí atrás del moyote, observando su trayectoria, cuando de reojo vi que alguien corrió, empero sólo pude verle las piernas, las piernas descubiertas y los pies sin zapatos, me asusté, entendí que no estaba despierto, así que con miedo e indiscriminadamente busqué a la persona que había visto correr, ingeniándome para continuar pernoctando en esa materialidad. Había puertas cerradas y columnas soportando el techo de los pasillos... de la parte de atrás de la casona salió

una muchacha, estaba descalza y sin falda, se metió a un jardín de romero alto, sin desbrozar, desde ahí se posó y me exclamó...

—¡Eras tú!

—¿Quién era yo?

—El muchacho que bajaron de la ambulancia.



## 14. Lino

—Buenas noches. Pase, acomódese, sé que le gusta aquel diván, si no le molesta hoy agregaremos un poco de música, Debussy... "Nocturne"

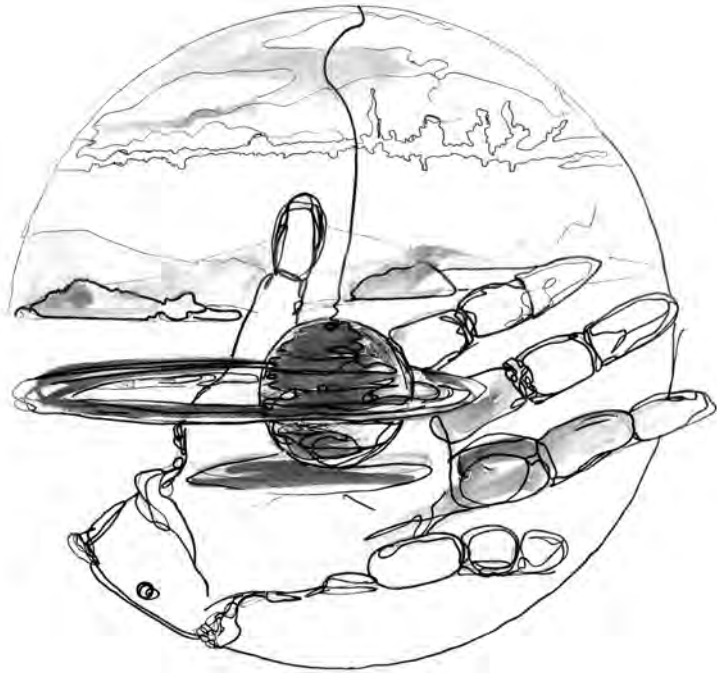
—Por favor, que no suene muy alto... me empiezo a imaginar cosas...

—¿Me permite grabar la sesión?

—Grabe.

—Puede empezar.

—Cuando conocí a mi esposo me acordé de Lino. De hecho, a veces pensaba que por eso me había casado con él, porque tenía algo de Lino. Doctora, dejé de ver a Lino veinticinco años y cuando lo encontré de nuevo, yo sentía que seguíamos teniendo quince, le apreté las manos para cerciorarme que era él y entendí que las manos le habían crecido, era algo inaudito tenerle frente a mí, con esos mismos ojos que ahora, sin hablar, me referían tantos aconteceres. Yo no quise enrolarme porque Lino era un hombre casado, en consecuencia, todo nos llevó al precipicio, mas, como él y yo teníamos insolencias de artistas, antes de estamparnos en la tierra del mundo, nos salieron alas. Cada noche Lino me decía a través del auricular: "Ya que se duerma tu niño y yo les haya dado la merienda a mis hijas, te espero donde siempre." Por las mañanas y al medio día ideaba dejarlo plantado para que así él perdiera la ilusión de verme, en las horas posteriores lo olvidaba por los menesteres que había que hacer, dando como las cinco de la tarde iniciaban las dudas, estaba ausente y de a poco venían los ojos, las manos y la boca de Lino a mis pensamientos, pero a eso de las siete, delante de los tazones de cereal con arándanos, ya que afuera estaba bien oscuro y teníamos que encender las lámparas menores para alumbrar nuestro hogar, se afianzaba en mí la certidumbre y las ganas axio-



máticas de hallarlo, estaba ansiosa a un lado del teléfono esperando la llamada para confirmar el encuentro, después de escucharle unos segundos: con certeza a las diez yo estaría puntual, "...donde siempre." Dejaba todo en orden, me abrigaba, tomaba las llaves, abordaba mi automóvil, encendía la radio "... hay algo en tu mirada, que mata o que redime...", manejaba hacia el oriente de la ciudad, veloz atravesaba el periférico, captando de reojo las múltiples estimulaciones visuales de las empresas y espectaculares, de a poco el paisaje ofuscante de la metrópoli iba cambiando, acaso menos saturado, daba vuelta en u, después tomaba el desvío a la derecha que sin filamento de luz va a un lado del canal, me estacionaba entre los inmensos eucaliptos, bajaba, pisaba las cortezas y alimañas encaramadas una sobre otra, buscaba la entrada del sendero, al comenzar a caminar sentía el frío húmedo y el olor a azufre, era cuando el agua todavía estaba clara y a nadie se le ocurría tirar ningún cadáver ahí, no como en estos tiempos en que los periódicos reportan sobre las muer-

tas y los muertos que flotan boca abajo entre el nenúfar y los jacintos acuáticos. Ahí estaba él, esperando al principio del sendero, fumando, recargado en un tronco, mirando el cielo abierto, a mí nunca me cupo la emoción que sentía, porque cada vez que lo encontré me bullía todo aquello de lo que las personas estamos hechas por dentro... pero eso no era algo nuevo, era lo que yo sentía cuando tenía quince años. Él se incorporaba, me sostenía la mirada y botaba la colilla, después andábamos abandonando la entrada, más adelante la tierra se escindía abriéndonos paso a un pequeño valle, al cruzar el valle el sendero subía y desde ahí mirábamos a Saturno con su turba de anillos como gigantescos toboganes, yo volteaba a mirar a Lino y lo sujetaba del antebrazo para asegurarme que seguía siendo él, efectivamente, era él a mi lado, de esencia y bulto, llevando una gramínea aprisionada entre sus labios de granate púrpura. Buscábamos donde postrarnos, porque yo debía cerrar los ojos, no podía soportar mirar lo exorbitante de aquellos hallazgos, aunque Lino no me soltaba me daba miedo no saber cómo regresar al mundo, no a la tierra, sino al mundo, porque ahí donde estábamos cada noche estaba más cerca de la tierra que del mundo; al ir volviendo experimentábamos la respiración cundida de azufre, Lino me contó que ese químico le da al agua un color azul mate, pero como estaba oscuro no se percibía, además yo casi no miraba porque sentía que tenía el poder de develar algo en el agua. Algunas noches nos daba tiempo de ir a cenar, buscábamos cualquier lugar y tomábamos asiento, pedíamos comida y algo de beber, nos reíamos mientras esperábamos que nos sirvieran, nos reíamos después frente a los platos servidos, sorbíamos a través de los popotes la soda efervescente y, mirando las burbujas reventando en el interior del breve cuello de la botella, recordaba mi fobia hacia lo enorme que en comparación eran otras cosas, otras cosas replicándose en lo más insignificante y profano... como esas burbujas, yo sabía que pensar aquellas cosas, mirando a otras gentes cenar, era absurdo, cosas que nada más se me ocurrían a mí. Irme con Lino se volvió costumbre, ver esas cosas exorbitantes al andar con él los senderos era cosa de casi todas las noches, hasta que un día no logré desconectarme, me quedé en las burbujas reventando en el interior del breve cuello de la botella, atónita... viendo aparecer unos cuerpos

al color del agua con azufre, azul, azul, azul mate, muy mate, era yo, diminuta, adentro de la botella, expectante, viendo erguirse aquellos cuerpos que tronaban el cristal, que rompían la tierra. Temo el asedio de imaginar la vastedad de aquellas materialidades vivas, mamíferas, han tenido que medicarme, me reúnen con más pacientes con... y le cuchichearé las siguientes cuatro palabras para que vea mi avance... talasofobia, megalofobia, cetafobia, astrofobia... Qué vergüenza tener que confidenciarles que yo tengo la convicción de que al salir de aquí me encontraré con que el mundo ya no existe, sólo la tierra rodeada de masivas esferas, sólo la tierra convertida en piélagos, el piélagos habitado por esos seres rotundos, grisáceos, inmencionables, que con un chasqueo de mis pies en la orilla del agua... despiertan, comienzan a moverse, abren un ojo y me ubican, quién sabe qué será de mí después, porque siempre despierto, despierto antes de ser abstraída por esas corporaciones magnánimas que me arrasan a través del desmembramiento de mi personalidad, me muevo, abro un ojo, ubico la celda y quién sabe qué es de mí el resto de la madrugada; durante el día sólo siento reserva por tener que confesar cosas y siento miedo, un miedo oligofrénico a la noche y a tener que dormir y soñar. Ni hablar de Lino, ni hablar de Saturno, ni hablar, los bloqueé, mi mente no dio para más, no pienso en Lino, no pienso en Saturno, nunca más. Ahora puedo contarle a usted, pero mire, pero sienta mi corazón, ponga la mano acá doctora, ¿si ve, si siente?, y mire, sienta mis manos, tiemblan y están heladas... así está mi cabeza, bullendo por todo lo que tiene adentro, si usted pudiera... quitarme estas imágenes, de las cosas innombrables... yo... se lo agradecería.

## 15. Tlalpan

Parecería que en esta década las cosas no son tan malas, al menos por estas colonias, quizá por otros lares la coyuntura esté más difícil, dicen que el crecimiento demográfico no estaba previsto, mucha delincuencia ha venido a acarrear la situación, pero esto último no nos ha perjudicado tanto aquí. La gente llega del trabajo pasadas las diez de la noche, desciende del transporte, pasa por pan y deambula las cuadras hasta dar con el portoncillo de su casa, patrimoniada después de que su familia se aventuró a migrar del pueblo a la ciudad, dejando atrás el reparto agrario para involucrarse en la rudeza y despersonalización de las mecánicas urbanas, ansiando dominar la técnica para servirse de ella, entonces sus vástagos... ya pudieron estudiar para volverse profesionales... No es mi caso, porque acá nadie me ha heredado nada ni soy profesional de nada, pero laboro doble para costear el alquiler del lugar en donde vivo y así como la gente que por aquí habita, hago yo todos los días entre semana cuando salgo de acoplar manufactura en la fábrica: me trasporto, voy pensando, salgo del metro, me dirijo a la de abarrotes, pido, pago, empaquetan, camino a la pensión mientras miro la calle y escucho las voces y los pasos, llego, subo las escaleras oscuras y me encierro en mi cuarto.

Siendo viernes pienso que quizá pueda desvelarme oyendo la radio, en tanto bebo algo y desgajo una fruta, asomada muy discreta al balconcillo abierto a través del visillo para ver quién hace un escándalo después de una noche de fiesta. Me quedo quieta, no hay nadie hoy, sólo un viento trajinando en el altor de la alameda marchita, siempre vacía, y llevando de acá para allá lo que se encuentra, me quedará un momento más, con suerte presencie algo. Ha llegado un automóvil, parece de otra época, se abren las cuatro porte-

zuelas, son dos parejas, se están despidiendo, antes charlan un poco, las dos mujeres, los dos hombres, traen un punto rojo pegado del lado del corazón, ya veo... es una mancha de sangre, de tinta, de óleo, no, es una flor, percutida. Una de las dos mujeres se coloca en medio de la calle, la otra va tras ella y le pregunta en voz alta que si está loca, a lo que la primera le responde, gritando, que está muy briaga, llegan los dos hombres a mitad de la calle y halan a las dos mujeres hacia una orilla porque ahí viene otro carro, el carro que pasa les echa las luces, señal de que deben quitarse pronto de allí, de manera obcecada las mujeres regresan a mitad de la calle y una de ellas, la "muy briaga", comienza a elevarse entre su vestido de tules negros como si fuera un globo de helio, la otra consigue asirla del tobillo... sin poder detenerla, le rasga la media y se queda con su zapatilla en la mano, la mujer se eleva hasta volverse una nube de esas que revelan la tormenta, mas, el viento como anda trajinando, la traslada lejos. Es a la mujer lo que el viento se encuentra... Algo he imaginado, algo sí ha sido... ahora que se larguen pintaré a la mujer y a la nube y a la otra mujer, cómo se ha quedado con la zapatilla en la mano... observando, el cielo.

Hoy es sábado. He salido temprano, transporté la ruta que va hacia el centro, después de una semana yendo y viniendo de la fábrica debí haberme quedado para sacudir la colcha por el balconcillo, cuando a las doce del día estuviera el sol... hinchando los fierros... llevo meses viviendo sola y no lo he hecho, contradiciendo esto ya voy en el vagón sintiendo el traqueteo de su marcha, voy pensante, hay gente sola por todas partes, van a realizar sus comercios, a conseguir la arcilla para sus cataplasmas en la Farmacia París o a verse con sus parejas afuera de la catedral, persignarse delante de San Felipe de Jesús, pasar un rato al Café Trevi, buscar un hotel y despedirse para reencontrándose el siguiente fin de semana. Llegando me acerco hacia el recién reinaugurado Templo Mayor, voy imaginando a Coatlicue y a su hija, la descuartizada Coyolxauhqui, desenterrada hace unos años, cuánta gente dando su mano de obra, picando piedra. Pasa el tiempo, creo que iré a la calle de atrás, es Donceles, y antes de dirigirme hacia allá, allí, al cruzar entre las grandes moles, un músico ha pregonado que tocará "La catedral" de Agustín Barrios, me detengo a escucharle. Pasa el tiempo...

Voy mirando las librerías de viejo, hay gente atenta a los exhibidores de los negocios, me detengo por ahí. Decido entrar a un sitio llamado "Arbor liber", parece un laberinto de pasillos con anaqueles, pero en realidad ese espacio es reducido a pesar de sus dos pisos, al internarme he descubierto en un rincón un acceso bajo a un cubículo oculto, volteo a un lado y otro para cerciorarme de estar sola y poder averiguar mejor, entonces me encorvo para asomarme, está en penumbras ahí adentro, hay, encaramados por las paredes, estantes horizontales y verticales de libros, entre éstos tomos de enciclopedias y atlas, lo sé porque desde algún orificio se cuele un haz de luz, también hay unas escalerillas que descienden a un sótano y otras, movibles, que ascienden a la estantería más alta donde un pasamanos delinea el soporte para alcanzar los ejemplares. Sin darme cuenta ha venido una empleada, uniformada con una bata de tafetán, ella me habla "Pase, hay obras hasta del siglo XVI o, qué tal del XVII... Sor Juana...", la miro sin responder, si supiera que sólo quiero sentir esas cosas que siento cuando estoy en un lugar desconocido, no busco ningún título, sólo sentir lo que siento cuando veo los libros, pienso esto y ella, la empleada, apenas ladea tantito la cabeza para ingresar al cubículo oculto por el acceso bajo, es así porque es enanita, se adentra en el hueco y se encierra ahí jalando una puertita corrediza. Subo al segundo piso de la librería, se llega ahí por una escalera de caracol arcaica y bien estrecha, al recargar el pie aquello se remuele entero y rechina la madera barnizada que aún conserva cierto olor, arriba el aire es más denso, no es bueno respirarlo, pasaría sin abrir nada, no quisiera, mas, comienzo a mirar los lomos, no me interesa, no sé leer, dicen que las palabras escritas en los lomos tratan de las historias que vienen adentro, en las páginas de los libros, sólo quiero sentir qué tan lejos de este momento fueron escritos, qué tanta gente los habrá pasado por sus manos y qué tantos ojos habrán leído sus letras... es verdad, no me interesa, pero es mentira... sí sé leer:

Dejemos pasar el tiempo recorriendo la ciudad, porque me he documentado que ha costado bastante erigirla, si la observas verás el paso de la gente y a cada paso la ciudad y la gente se van

conformando mutuamente, así como en mi ciudad. He vedado las canciones que me recuerdan a ti, pero eso no se puede, las colocan en todas partes, en las rocolas, los camiones, las fondas, otras personas van igual que yo, tratando de ceñirse al presente, pero de pronto quedan con la mirada clavada, como deteniendo lo que no tiene cese, eso es porque están recordando cosas... como yo, aunque les duela van tarareando las canciones que antes cantaban. Se ha materializado, antes de tiempo, el fueguito dador de vida, ya está en nuestros brazos, vibrante su corazón como la más larga de nuestras canciones... que no podremos acallar y que nos recordará que tú y yo seguiremos vivos...

Estaba mirando una página suelta de *Sevicia*, veo el número para darle su lugar correcto y trato de arrancarle el cintillo de oropel porque me ha gustado para amarrármelo en el tobillo, no he podido, viene bien cosido en un borde secreto, sitúo el libro donde lo encontré, buscaré otro cintillo en otro libro y he pensado que cuántas tonterías están escritas en los textos, por eso no leo, por eso pinto, da enfado que la gente haya gastado sus horas, días, años, escribiendo tanta sandez y da más muina esa gente que se envicia con la lectura, ya me han dicho que por eso soy tan burra y que quitarme lo analfabeta no me ha servido de nada, dicen que no he entendido nada, pero no me importa lo que digan las lenguas y menos lo que dice en los libros. Me he ido al pasillo de atrás a continuar indagando en algo... no sé en qué, entonces escucho a alguien subir porque el caracol cruje, me quedo quieta, un momento después, mero ahí donde dejé *Sevicia*, un hombre se ha detenido, ha elegido ese libro y comienza a leer, en segundos se embebe, como si de verdad comprendiera lo que alguien más escribió, me río por dentro, creo que estoy a punto de soltar la risotada, cuánta seriedad para leer, hasta está frunciendo el entrecejo y pone cara de docto... qué ridiculez, esto que veo me ocasionará mofa toda la semana mientras me dedico al acoplamiento... él levanta sus ojos de *Sevicia* y casi me ha mirado... "Sí, soy yo, deja eso y acércate a mí", al mirarle, le he enviado un poderoso pensamiento, sólo para ver si eso de pasarle una orden a alguien con

la mente funciona y se somete, él acomoda el cintillo de oropel en la página que estaba leyendo... "Vamos, arranca ese cintillo y anúdalo en mi tobillo", le he ordenado en verso, sonrío para sí y se busca algo en el bolsillo del pantalón... él me encuentra por un hueco entre los libros, ¿acaso alcanza a mirar una parte de mi cara... un ojo, una ceja, una mejilla, la mitad de mi boca... percurdida?, tal vez me mira al revés: el ojo en los labios, los labios en el ojo. Se ha decidido, se lleva *Sevicia* en la mano izquierda, baja por el caracol, paga, camina sobre Donceles, cruza entre las moles, yo voy tras de él... hasta perderle el paso.





## 16. Naturaleza y cultura

He encontrado el aula en el horario vespertino. Me reciben cien ojos y, por mandato gubernamental, lo demás está cubierto. Saludo, dicto y miro muy atenta quiénes anotan con la derecha, quiénes con la izquierda. Nos llega un silencio, ahora subsistirá el pasillo vacío, ya no hay bisbiseo allá afuera. Han quedado del lado de mi corazón y del otro, quedó el pizarrón con mi nombre escrito. Delante de mí... el ventanal, es esa hora en que el ambiente gris cence-ro restablece los colores de los organismos, haciéndoles sobresalir. Miro cómo les nace el cabello desde la frente, avanzo hacia el ventanal, me detengo, disimulo mi impresión, percibo el cielo, la biología es redundante, casi se mete al aula, me pregunto: ¿qué somos entonces?

No podan ese jardín, crece por dentro todo lo que puede porque los edificios lo han limitado, pero no se extingue, vive, se enhebra sobre sí una y otra vez, por temporadas suelta su sustancia y abona su propio suelo. Nada se desaprovecha, la plaga realiza su función de coexistencia. Una parte del mobiliario escolar ha ido a parar allí, una silla con el respaldo destornillado quedó cubierta de hiedra, un cuaderno que voló entre clases permanece abierto con la caligrafía hacia el fango. Las gotas de rocío no discriminan la cultura de la naturaleza, las gotas lo esparcen todo, como si todo necesitara florecimiento. La llovizna, reblandece el cartoncillo y se desliza entre la cizaña, penetra el fondo oscuro en el que habitan bulbos y larvas como en un hervidero, esas larvas llevan mensajes al inframundo luego, de allá, traen cuentos, acá los interpretamos y después empezamos a pensar qué habrá arriba, más arriba de donde se enchina la lluvia, de donde se engusanan las nubes.

Qué hay más allá de lo que es ciencia...

Ahí, en la conciencia, se ha levantado el axis mundi, transversal, comunicador de los niveles horizontales. En el extremo del edificio han caído hojas, ya están secas, se han vuelto polvo que parece es sólo suciedad, sin embargo, ahí está contenida la vida, muy parda, pero ahí está. Las cortezas se desprenden por pedazos, en algún momento los tallos terminarán por descarapelarse, con una precisión que no deduzco, por lo pronto se asoma ya la nueva capa lisa y pálida. Hace semanas practican "Andreina", llamamos y se puede escuchar, yo conocía esa pieza, un amigo, quien meses más tarde estudiaría en la facultad de música, me regaló la partitura de ese vals venezolano el día de nuestro cumpleaños número dieciocho. Era el tiempo en el que en la asignatura de estética investigué el concepto de "eclecticismo", fue el tiempo en el que interpreté a Desdémona en la clase de literatura y a una de las brujas de *Macbeth* en teatro y fue cuando conocí la canción dedicada a Alfonsina Storni.

Nadie está lista para escuchar una canción así, nadie, menos cuando una ya ha descubierto que la vida... ese es el mayor golpe sin amortiguador. Quién se engrió tanto para inventar un mito o un poema, porque quienes tuvieron temeridad hicieron filosofías, o con humildad cuantificaron y produjeron métodos, pero a quienes la iluminación les cegó, no alardearon, se despojaron de la vida. Nadie está lista para escuchar esa canción, menos cuando tienes dieciocho y ya entendiste lo irrelevante que es morir, te apaña un derrocamiento, sin ningún envite por mantener la columna sobre las piernas, simplemente tu cuerpo es la piedra,

tu cuerpo es la piedra,

tu cuerpo es la piedra.

Ahora nada te duele y has entendido que sentir también pasa, que la muerte es tan personal como la locura, que ni una ni otra se transfieren, ni se reparten como si fuesen un bien... así decía un libro. ¿Acaso la desazón te acompañará hasta el fin, o acaso cederá un poco antes y entonces te darás cuenta que deseabas seguir el viaje de este tiempo en el mundo?, pero ya es demasiado tarde, porque no agenciaste el aire, más bien se te acabo, te estás asfixiando, acaso, ¿ese infarto, esa opresión, por fin te dotan de sentido y conciencia, o inconciencia? Inconciencia, eso es lo que haría falta para persis-

tir. Ahora mismo necesitaría escuchar aquella canción y no, no la escucharé, no estoy lista, ni lo estaré, porque comienzo a sentir que mis piernas pesan, no me aguanto, no me compadezco y entiendo que la única enmienda para la taquicardia es que el corazón deje, por fin, de latir.

Las primeras semanas en esa aula me encontré pendiente de la presencia de un perón ¿o un membrillo?, llegaba a buscarlo, porque su presencia me dotaba de sentido, atenta hacia el ventanal y con ganas de decirles: "Miren, ¿qué es, es un perón o un membrillo? Cuando nada les dé sentido observen una fruta", estaba ahí colgado entre la ramada, pasaron semanas y ya no lo encontré, seguro lo desprendió el viento, la lluvia, el murciélago, la botánica, no sé qué sentí cuando dejé de verlo, quizá sólo devino el tiempo. La gente que vi llorar aquel semestre tampoco hubiese podido escuchar la canción de "Alfonsina", aquella muchacha, Olivares, mojaba sus apuntes... "¿Estás bien?", vaya estupidez, ¿cómo habría de estarlo?, ella sólo asentía veleidosa con la cabeza y seguía llorando mientras escribía; aquel muchacho, Akbal Borja... quien tanto hablaba, hasta darme cuenta que no podía callarles siempre. Asimismo, vi llorar a Raisa tantas veces, empero... tal vez ella... a pesar de todo, sí habría podido escuchar "Alfonsina".

Cuánto cuidado había que tener en lo que decía en el aula, pues, aunque pareciera anodino, cada palabra bullía, cada palabra infundía hasta calar su naturaleza, hasta bordarles cultura, naturaleza y cultura van amagadas a su ser, no podían ser sólo una u otra. Eran tierra y eran mundo, eran el jardín sin podar, las sillas desvencijadas, los cuadernos humedecidos, las canciones vetadas, eran hedera, cizaña y ramada.

Eran el perón, el membrillo, que de pronto ya no estaba y esa ausencia, esa circunstancia, me rompía de tajo.

Eran cuerpo, eran piedra.



## 17. El hombre y el árbol

El vecino practica ahí, en el angosto andador de césped ha situado su acojinado escabel, se acomoda y toma su instrumento, así ha hecho ayer y hoy, domingo. Ya es medio día, vamos a medio domingo, y nomás no he querido barrer esos tres metros por dos que tengo de patio, rebosante entre hojas y un par de grietas. Ah... qué ahínco el del vecino, esa parte de la tonada ya la tocó tantas veces, ha de ser la parte difícil. No saldré, porque todo el cuerpo duele al salir, la radiación fulmina. Me iré, iré a dormir, todo el día dormiré allá arriba.

Estoy esperándola al frente del bar viejo, aquí sobre avenida De la Montaña, ella está saliendo de ahí, vestida de verde, atraviesa la avenida y yo estoy sentado en la acera pública, la veo avanzar, sonrío, ella sonrío también, estoy escuchando esta música, de dónde proviene... sí, creo que ya estoy soñando. Está viniendo hacia mí, el aire mueve las hojas de los árboles que hay en las aceras y en el camellón de la avenida, el sol entra luminoso y las hojas aceitosas fulguran, las plumas índigo del zanate sobresalen, dos gorriones en medio de mis botas pican entre las concavidades del concreto caliente, la música sigue, ella no termina de llegar, pero ya viene, está cruzando De la Montaña. Pongo mi mano en mi boina, no, no traigo boina, y vuelvo a sonreír, me aseguro de no traer algo en la cabeza, entonces siento el fieltro cubierto de pana, estoy soñando, es agradable, así es, estoy soñando y sí, sí traigo boina en este sueño. Le diré a ella que este es un sueño, le diré que mi habitación está aquí arriba en mi casa casi vacía, sí, eso le diré, y que de noche los árboles que enmarcan por fuera la entrada trasera de esta casa, la entrada que da al andador de césped, se llenan de luces cuando ya nadie está afuera... La mujer aún no llega, "qué larga es la melodía de Telemann, esa es su Fantasía número 3 con flauta..." me

dijo él, el intérprete, el hermeneuta. Abro los ojos, no puedo moverme, duermo otra vez... veo el edificio de azulejos despostillados... miles de decenas de azulejos cubren el edificio, encaramado arriba del bar viejo, ese bar es de esos negocios que instalaron hace décadas en la planta baja de los condominios. No son azulejos, ahora entiendo, son hojas y más hojas lo que está cubriendo el edificio entero.

—¿Quieres venir conmigo a casa?, mi habitación está en la torrecilla. Antes pasaremos a la alberca de la nave industrial, a un lado del Cristo, y calmaremos el maremoto que sale de ahí. —No sé si lo he pensado o si se lo esté gritando, porque ella no termina de llegar, está pasando la avenida, entonces he gritado para que me escuche, sí, seguramente ha sido así.

—En esta ciudad no hay mar Fernando... —Es lo que ella me está respondiendo y después me pregunto “¿Estás ya a mi lado, ¡ay dónde estás!?”.

—Sí hay, yo lo he visto. —Digo en voz baja y recuerdo los retornos encharcándose, el agua creciendo incontenible hasta cubrirle la espalda a la gente, el agua corriente abriéndose paso por toda la demarcación, alcanzando indomable extensas anchuras, apoderándose de las vías rápidas en la periferia, dejando temibles inundaciones zarcas, alzándose crestas despampantes que revientan la geometría vidriada del rascacielos Paradox, aún sin inaugurar; el reinado del agua se impone en esta ciudad sin diques ni boyas DART, lejos de la masa oceánica donde la energía acumulada por subducción se ha liberado.

Uno de los dos gorriones alza el vuelo hacia el camellón, está buscando dónde posarse, no quisiera perderlo de vista, pero es difícil, es tan pequeño que se pierde entre la luz y el aguacero de hojas del paisaje De la Montaña, se mueven las ramas acá y allá, no sé, ya no sé dónde está, me siento atrofiado y presiono los ojos, me angustia estar perdiendo al gorrión, escucho los carros andar uno tras otro y de fondo la Fantasía, siempre la Fantasía número 3, enmudecen los motores y queda la Fantasía, me decido, abro los ojos de nuevo, allí, adentro de mi sueño, me enceguece la luz, las olas verdes de las hojas de los árboles moviéndose, así como ella, ¡qué altos son estos árboles!, ella es un mar de hojas verdes avanzando hacia mí; el patio, el patio de hojas

y grietas me espera, ahí va el gorrión, lo estoy encontrando, de rama en rama, siguiendo la melodía del instrumento de aliento, más allá el bar viejo con sus grafías manuscritas que dicen "Bar" sobre los cristales, ese garigoleo de las grafías, así como el de la tonada, todo el tiempo buscando la curva del infinito, el bar viejo con su pabelloncito color sangría y la mujer detenida debajo de éste, tal vez esté retrocediendo, internándose en el bar o en el edificio de azulejos por el acceso que está al lado, por las escaleras que se ven desde abajo, desde afuera... ella venía ya, estaba cruzando la avenida; la estoy viendo, imaginando, con alas, alas verdes, alas verdes de gorrión... "Fernando, los gorriones no son verdes", parece me está respondiendo, la escucho, la imagino... y vuelve a hablar "digo... no sus picos, no sus garras, ni sus plumas... sus gorjeos no son verdes, son aturquesados..."; los sueños son como lo que sale del fuego de las hojas, lo que sale de las hojas cuando se están quemando, eso que sale: devastadoramente inasible.

—De ninguna manera, de ninguna manera... no son verdes, son aturquesados —se ríe, la escucho, la imagino... y vuelve a hablar— Digo... no sus picos, no sus garras, ni sus plumas... —Ahora sí la escucho, es ella, es ella y me está hablando.

Ya vamos por las aceras De la Montaña, conversando, esperando el paso cuando hay que esperarlo. No, ella no viene, yo vengo solo, dónde se quedó, dónde se está quedando, dónde la perdí, tal vez sigo perdiéndola, venía a mi lado, está alucinando entre sus nuevas alas... quiere estar sola pensando y sintiendo, quiere quemarse y volverse nada, se está quemando, se está volviendo nada.

—Ve solo—Es lo único que me está diciendo. Sigo varias cuadras, impidiendo acercarme a la alberca de la nave industrial a un lado del Cristo. Me estoy aproximando a los andadores de césped, antes me detengo para recargarme unos segundos en el monumento de San Isidro, cierro los ojos y pienso en cómo trascurren ciento cincuenta años. Al abrirlos, ya transcurrieron.

Está perdiéndose tras de mí. Ella no termina de perderse tras de mí...

¿Estoy llegando a casa o estoy bajando de la torrecilla? Ya es de noche, no sé si estoy entrando o si estoy saliendo. Los insectos se están terminan-

do de acurrucar entre las hojas que iba a barrer, estoy pisando con precaución; los dos árboles ya están iluminados, como si hubiera ahí pequeños seres infundiendo pequeños fuegos. ¡Qué altos y majestuosos son estos dos árboles enmarcando por fuera la entrada trasera de mi casa casi vacía y, de noche, despierto o soñando, detenido debajo de alguno de ellos al levantar la mirada encuentro, en esa tenebrosidad cerrada de sus copas, las constelaciones! Me estoy asomando de un lado y del otro del andador, qué oscuro está todo, y aun así se percibe verde, el mar de hojas verdes suelta con holgura sus compuestos invisibles, hasta hacer que uno sienta frío y delicia... justo, a estas horas.

## 18. Raisa

Asimismo, vi llorar a Raisa tantas veces, empero... tal vez ella... a pesar de todo, sí habría podido escuchar "Alfonsina", conmigo, las dos juntas, saliendo de noche del segundo turno, encontrándonos en el patio después de la tormenta, viendo cómo la lluvia sesgó la tierra y escaldó la raíz de los limoneros, yendo abrigadas hacia el estacionamiento, pisando los charcos de ámbar. En el carro habríamos escuchado, calladitas, mirando a los gatos comer, a la gente pasar. —Señorita Raisa, los gatos nos están mirando.

Eso habría sido, pero no fue.

Bianca llegó unos meses después, la primera vez estaba perdida y yo la ayudé, posteriormente, la encontraba de manera asidua por los pasillos, nos saludábamos y algún día quedamos de salir en el interturno.

Ahí estaba yo, sugestionada, ingresando, sintiendo de una vez la álgida emanación surgiendo de los congeladores, llegué a mirar, con detenimiento, los contenedores de acero abundantes en sorbetes de sabores y en hileras verticales de paletas, aficionada a la variación cromática. Algunas veces imaginé que mi oficio frustrado era estar ahí, atrás del congelador horizontal, patinando mis dedos las letras de mi nombre, llenando barquillos, aprendiendo a no desfigurarlos, o preguntando si en lugar de barquillo, sería canastilla o vaso, sencillo, doble, triple, banana split con cerezas, colocando la cucharita y al final envolviendo el cuerpecillo aquel con servilleta, conociendo a las personas a través de sus apegos glaciales, verles entrar y saber qué pedirán, asombrarme porque se aventuraron a probar algo distinto, entonces deslizar la puerta corrediza y sacar de ahí ese edencito de nieve, investida con mi magnífico sacabolos, empleando el infalible ardid para



conformar una seductora redondez, con gélidas laminillas de helado, entregar a unas manos ávidas, a unos ojos que ya prueban sin probar... y qué decir de la primera degustación, la segunda o la tercera, sin duda, lo mejor. Ahora miro atenta a la señora, está sola, se ha levantado para despacharnos, armaba un rompecabezas...

—Buenas tardes, ¿qué escucha señora? —preguntó Bianca con aquella estrechez que hacía sentir, desde el principio, que ya te estaba queriendo.

—*La consagración de la primavera* —y nos sonrió.

—Esa obra fue compuesta en la mansión de Coco Chanel... —dijo Bianca.

—¿La de los perfumes? —interrumpí sin mirar nada, más que los congeladores, y sin pensar en nada, más que en mi elección de esa tarde.

—Sí, ella —respondió Bianca.

—Señora, a mí me da un... —leí de nuevo el tablero negro con letras blancas— “meteorito de grosella enlechada con volado de crema”, por favor —la señora tomó el sacabolás grande, deslizó la puerta, metió la mano, luego el brazo y

comenzó a escarbar y dar forma, cuando el meteorito estuvo listo lo acomodó en una charolita de vidrio cortado, después dispuso el sacabolos en un recipiente de cristal con agua, para enjuagarlo, ahora tomó un cucharón y retiró la tapa de un trebejo alto, blanco, impecable, para extraer de ahí una crema densa que escurrió encima del meteorito, volviéndolo rosa.

—¿Y usted hija? —se dirigió a Bianca.

—Por lo pronto un agua mineral, por favor.

Bianca fue a asomarse al pequeño exhibidor de pasteles, la miré sin que se diese cuenta, su ropa tan bien seleccionada con una chalina hermosa, hermosa, no tanto como ella, creo que la envidié, porque, además, cuando hablaba denotaba sin miramiento lo perspicaz que era, dijo que el pastel de mango se veía “bárbaramente apetecible...”. Nos fuimos a sentar, platicamos cosas laborales, le dije que me gustaban sus aretes hechos de latón con la figura del sagrado corazón...

—Me los regalaron.

La señora trajo el agua mineral y un vaso con hielos, Bianca pidió una rebanada de pastel, se sirvió un poco de agua y le dio un trago.

No quise preguntar quién, quién le había dado tal obsequio, no me interesó, no creía conocer a la persona que le había regalado ese par de aretes a la que, poco a poco, se estaba volviendo mi amiga, preferí divagar en otros asuntos, saber en qué podíamos coincidir, pero ella, Bianca, estaba escuchando la música, muy alta para estar amenizando una postrería vintage como esa. Me preguntó:

—¿A quién más le hablas?

—A casi nadie, evito a las personas.

—Te ves sociable...

—¡Por supuesto, te engañe!

Era cierto, yo no le hablaba a casi nadie, no la había engañado. Trajeron la rebanada de pastel y una cucharita plateada muy fina, Bianca se colocó los lentes oscuros que traía sobre la cabeza, partió un pedazo grande de pastel y se lo hundió en la boca con gran turbación, yo la miré unos segundos pensando por qué había hecho eso, lo de ponerse los lentes, no alcancé

a preguntar cuando las lágrimas corrieron a la par de las masticadas, cómo olvidar su quijada moviéndose y las lágrimas cruzándole las mejillas, llegándole hasta el cuello, mojándole la chalina, cada rasgo se fue desencajando, yo dejé de comer, me limpié las comisuras, mi servilleta quedó teñida de rosa, mis manos quedaron viscosas, así con manos viscosas le quité los cabellos de la cara a mi compañera, adheridos con lágrimas y sudor, por el esfuerzo que hacía al llorar... La señora volvió a interrumpir su rompecabezas y acercó más servilletas.

—¿Conoces a Raisa?

No supe qué decir, yo quería ser prudente. Ella repitió alterada:

—¡¿Conoces a Raisa?!

—No, no la conozco. —Respondí y Bianca prosiguió:

—Hace casi cinco años conozco a Raisa, en esta carrera hallas a la misma gente acá o allá; ahora que llegué aquí la encontré, vamos, tú sí conoces a Raisa, ella ya tiene tiempo trabajando aquí, parece que te reservas la verdad... No importa, tú sabrás. Cuando ella llegó allá, a la "Águeda Retamar", yo ya estaba y, a pesar de los años, no era amiga de nadie, no como tú, que sí eres bien sociable, pero con ella fue muy fácil trabar amistad, nos conocimos y vi su cara, esa cara que en breve abre el paso al cariño, a la confianza, a la lealtad, así que comenzamos a conocernos, a reírnos de simplezas, a contarnos las cosas, a ser cómplices, a mirarnos y entendernos con los ojos, con un parpadeo, con un movimiento de las cejas, de los labios, de las manos, a compartir el agua, el café, la fruta, las semillas, los ajos del mismo plato... Pronto yo empecé a quererla, lo sentí y, no sé por qué, lo impedí, yo sabía que esa liliputiense impronta de no querer quererla me hacía repelerla, imposible, allí estaba ella y ahí estaba yo... No le pude poner freno a la afinidad y a los afectos que se fueron engendrando, y sí... algo se originó, lo intuí de a poco, un miedo fundado en la sospecha hacia lo que estaba avizorando, hasta dónde era ella, hasta dónde yo, un temor aciago de pensar y sentir que éramos ambas. Prejuiciosa, comencé a eludir encontrarla, huía al salir de cualquier turno, interpolándome para escapar, irme, no verla, no tratarla más que lo indispensable y si yo hubiera querido no habría sido necesario nunca más... fui, hegemónicamente, culpable. Aunque durante

el día no la encontrara, algo nos mantenía enlazadas, claramente podía discernir una energía conexas viajando entre las dos, los demás podían percibirlo, me lo decían; hubo un tiempo en el que ella me buscaba, yo escondía el rechazo en mis tuétanos, mas, ella se devoró ese tuétano con todo y mi animadversión, eso nos nutrió; le devolvía la sonrisa, el abrazo intensísimo, así es y no era falsedad, era otra cosa... estar fuera del aula iba adquiriendo sentido, porque me quedaba charlando con Raisa. Pasó el tiempo, comenzamos a hablar con más gente, otras mujeres, yo lo sabía, lo admitía, mujeres con tal belleza intrínseca, que una le agradecía al universo por la bondad de haber hallado personas así, con tanto amor, pero el lazo más resiliente era con Raisa, sentía que aunque ella tuviera otras amigas, muy amigas, y yo no supiera con quién estaba y qué sentía, ella era mía, ¡mi amiga!, yo tomaba de su termo, bebía de su cerveza, a mí podía decirme cosas que a nadie le decía; esas cosas que yo sabía de ella y ella de mí, nos hicieron establecer códigos. Crédula me inventé estar superando esa otra cosa que no quería, no debía, ni podía sentir, sin embargo, tuve que reconocer que fue dar vueltas alrededor de mí para no dar derecho a ese acaecimiento que algo me estaba delatando, haciéndome sentir acorralada, censuraba haber estado arrebatada desde el primer momento cuando escuché su voz y su risa vía telefónica... omitía que desde entonces me dediqué a confeccionar, como una artesana, un tejido ejemplar de continencia. Creo que comencé a tolerar, ¡a tolerar!, que ella se enterañara con otras mujeres, con otras amigas, nadie lo decía, pero había detalles que así lo demostraban y, a su vez, yo también me acercaba a otras personas. Salíamos todas juntas, comimos, cantamos, bailamos, sentimos tedio juntas, lloramos, vivimos la furia juntas, nos ayudamos, festejamos, compartimos recursos y condiciones, unas más difíciles que otras, íbamos politizándonos, teníamos que hablar y a cabalidad Raisa sabía qué señalar, con qué argumentos dialogar, exponer, debatir, defender, siempre sabía qué decir... sosegada, desafiante o iracunda se haría escuchar y, así ella no lo buscara, esa voz era la de mucha gente.

"...así que no te lo imaginabas, le grité (...)

(...) no, no éramos ambas, era yo sola, yo me quedé amando sola, sublevada, descendiendo a la poza donde dimana el agua, en medio de lo subterrá-

neo abriéndose, para dejar lo límpido manar, ya sin medidas, yo sola me interné, me fui soterrando... por la virgen Raisa, yo pensé que tú venías conmigo, maldita sea... hasta viene a cuenta la virgen, yo que nunca nombro esas cosas, cuando me supe sola temblé al vislumbrar el vértigo que me encandilaba a lo furtivo, recibida por unas fauces sobrecogedoramente cian, iba sola y no te lo voy a perdonar... Raisa, fue artero, porque ya no había cómo regresar, el camino, amando, arde. Aquella limerencia, desprovista de reciprocidad, fue mi propio escarmiento, me permití vivir la congoja de comprender que ya no te quería como amiga, de que me dolía seguir viéndote y que tus carcajadas ya me acometían una fruición hiriente, por qué no... ¡por qué no dar paso a la más disparatada aflicción, si así lo estaba sintiendo! Y todavía preguntaste si consideraré que me corresponderías, te abominé, ¡por favor!, yo no sabía nada, sentía todo, no podía pensar, no sabía qué quería o debía hacer con lo que sentía, ¡¿qué qué hubiera hecho, si tú me hubieras querido!?, ¡no tengo un filamento de conciencia acerca de ello!, nunca me acomedí a reflexionarlo, no podía vernos a ti y a mí andando sobre secuencias subrepticias, no, porque tú y yo fuimos hechas de albos. Además, quizá un día, sí me quisiste... Y todavía me festejaste, alevosa, lo valiente que fui al ponerle palabras a lo inconfesable, te abominé otra vez, y quiero que sepas que iba a atenderme, pedí cita, sí yo, que soy menos creyente en esas cosas que en la mismísima virgen, fui, por unos minutos me quedé suspendida afuera del metro, llegué al edificio donde se ubica el consultorio, toqué el interfón, esperé, por una rendija del zaguán supe que alguien ya estaba bajando por las escaleras, cuando un impulso me hizo huir de ahí, correr, desbalagarme entre diagonales, qué diablos tenía yo que referirle a nadie que toda esa experiencia me estaba siendo lacerante y que asistir ahí sería, sólo, la oportunidad de contar acerca de ti, porque además de mis embates, estaba pariendo, con júbilo y suplicio, la imperante necesidad de hablar de ti y, así, emblandecer todo lo agazapado en mi corazón...

“...así que no te lo imaginabas’, le grité colérica, manoteando el aire.”

“Ni siquiera se lo imaginaba”, cavilaba a solas de madrugada, yo, Silvina.

## 19. Lenitivo para mariposas

Ese fin de semana estuve en silencio, sin nadie quien me interrumpiera la remembranza del calor y la tersura que sentí al besarte. Ondeándome, me removía en la soledad como si ésta fuera un receptáculo de almíbar, bien había valido permitirme la entrega entera a ese recogimiento, encerrarme sin que nadie supiera. Lo que postergué por tanto tiempo ahora se apoderaba de mí con una reciedumbre avasallante, y yo lo dejé ser, sin ignorar toda la insensatez que aquello acarrearía. Caí en cuenta que me hallaba invadida, me había vuelto un punto simiente que fulgía entre las mariposas de mi estómago, embobada, mirándolas oscilar sus iridiscencias amotinadas en las alas, dilucidando que nunca volvería a ser la misma, haberme confinado me hizo reunir la certeza de que hablaría contigo...

...Y no, no te lo imaginabas. ¡No te lo imaginabas!

Me sentí enferma.

Le llamé, le dije que sí quería pasar una tarde con él, es más que se nos podía hacer un poquito de madrugada. No estaba segura de que aquello podría aplicarse, al menos, como un lenitivo, pero había que intentarlo.

Ya bien entrada la tarde, lo vi llegar entre las caras de los árboles, pausé la música de Dalla Gostena, su primera Fantasía para laúd, pensé en mostrarle la música, pero algo me detuvo, no tenía fe, así que guardé los auriculares... Sonreí al ver su gran figura, alto y fuerte, el cuerpo y la voz, me pareció imperturbable. Ya estaba sintiendo atenuar mi acontecer con su presencia. Al verle, recordé la noche en que hablamos para decirnos, agarrados de la mano, sentados en la banca de acero bajo las lianas del sauce, que lo intentaríamos, y de ahí todas las veces que lo vi regocijarse al verme acercar, haciendo que

sus célebres ojos claudicaran tantito de su abatimiento, o las veces que lo vi buscándome entre la gente, "Bianca, qué bonita te ves caminando", me escribía. La cosa es que yo siempre era acompañada por un goce inherente, nomás por respirar, sin beneplácito alguno, y yo veía que en él había carencia. Pero quién era yo para pensar tal cosa, lo que sé es que cada palabra mía trataba de reducir penuria echándole el yerro al capitalismo, a la decadente sociedad de consumo... lo cierto es que, al darme tiempo de estar a solas con él, supe que nada me hacía mitigar nuestro encuentro y, no, no quería que fuese sólo un desliz, así que debí aferrarme con todo mi ser a esa tarde que le pedí, repercutiéndome los sesos, incisivas, las palabras de Raisa...

—Ve, haz lo que quieras, esas cosas no se quitan así nada más.

—Cállate. —Le pedí y me miró dándome la razón, porque sí se calló.

Y a solas, también, recordaba tu interjección... "Ah..." y más adelante... "no quisiera ser yo, la que esté en ese lugar", o sea mi lugar, silencio... "Hay alguien más." Mi salvación, alguien más, por supuesto... un novio, un pretendiente, un amante, un amigo empoderado, un esposo recóndito, un compromiso, por unos segundos respiré y creí redimirme, me dije "¡A mí qué!" ...pero pronto la razón fue hartándome los sentidos de acritud...

—¿Es mujer?

—... —Me miraste.

—¿Es mujer?!

—... —Tenías el valor de mirarme a los ojos, sin contestar.

—¡Dime!

Lloraste. Supimos que teníamos que alejarnos. "Estoy temblando", dijiste. Nos despedimos. Te fuiste.

Te vi a mi lado, sentado en un reposet, suministrándome un bálsamo, me dijiste que cerrará los ojos, así lo hice y en aquel momento vi mi mente... qué poco vemos, nos empaña lo sinuoso de un devenir perpetuo, incognito, vivimos eclipsados, interpuestos. Después te miré, vi que no sabías nada de mí, aunque me acompañaras y pasaran los meses y todas las mañanas me miraras recién bañada, andando mis sublimes pasos y hasta de lejitos me los contaras, vi cómo se dilataron tus pupilas cuando dejaste de parpadear para

ver atento algo en tu televisor, y yo que sí sabía... no te decía nada, para qué, no te hacía falta saber, a ti no, "¿Qué tienes? Has cambiado, estás diferente, estás rara, dime. ¿Qué tienes?", podía verte a los ojos sin necesidad de contarte lo que me estaba pasando, sin sentir que estaba ocultando nada, pero cada gesto mío profería con una dicción zurcida con finura, con finura. Salí de ahí bien de noche, no permití que me acompañaras, qué necesidad manifiesta la de estar sola, las caras de los árboles me miraban, y esas caras sí sabían, sus bocas y sus ojos abiertos decían de la noche cosas que me incumbían ¡tanto!, "No las dejes ir..." escuché que decían, avancé rápido atravesando la oscuridad, y sí, más oscuros eran los ojos y las bocas de los árboles, ¿qué piensan las cabezas de los árboles en la noche que sienten sus corazones? Aún no. Aún no quería dejar ir las mariposas, aún no quería verlas morir fuera de mí, porque eso pasaría, no sobrevivirían fuera de mi estómago, empero yo sabía que debía librarlas, de mí, como sea me empeñaría a ellas sin diluir, todavía, la beatificante emoción. Aún no era tiempo, en mi tiempo, de sucumbir.



## 20. Algo surge

*A Nina*

Abres los ojos cuando aún está oscuro, escuchas lo acompasado de su respiración y esperas a que todo esté en silencio para levantarte, es la hora de la comadreja, ha venido por la calabaza en dulce que preparaste anoche, fue impredecible la primera vez que se encontraron, escapándose sagaz por el ovalo del pasaje, llevándose, bien prensado, un pedacito de carne... Silencio. Es temprano, has visto que falta cortar los tubérculos, te vuelves a enjuagar las manos y enjuagas el cuchillito, el de sierrita que sí tiene filo; como cada día te has proveído de ternura, no importa la prisa, sientes una ternura que te acompañará hasta fenecer. Consideras qué será lo mejor para hoy, qué alimentos complementarán lo que ya está servido en el desayunador, recuerdas sus ojos siena mirándote y sus pies colgando, balanceándose desde la silla, aún no alcanzan el piso viejo, y atrás de su silla, el bodegón de la cuija-pep con vertebras pormenorizadas, entre sargazo y acelgas yacentes sobre un platón al fondo de una ciénaga macilenta. Analizas el tamaño de cada vianda, debe ser la porción exacta para su estómago donde zurce la potencia que expulsará cuando el sol esté en el centro, desperdigando sus serpientes que vienen de tan lejos; piensas en su cuerpo estirándose misteriosamente como cuerdas de tiorba para la "Toccatà Arpeggiata" de Kapsberger; miras las caras de los moldes, son pandas, sabes que algún día esas caras dejarán de surtirle emoción, al molde menor le has puesto bayas y avellanas, al que sigue unas hebras de queso y al grande pedazos de yuca y jícama. Has decidido todo lo que llevará hoy, lo acomodas en la lonchera, envuelves en tela el trinche, cierras la

botellita después de haber vertido agua y te das segundos para conexionarte al fondo de la jarra de cobre como si avistaras trescientos años de virreinato... Beberá sedienta y en su interior veneros nacientes abrirán canales para espolpear la red de neuronas que irán por millones hacia lo extraordinario, visualizas entonces sus órganos algas como en un apancele impoluto, colocas la lonchera junto a la mochila... vuelves y, a través del óvalo del pasaje, has mirado que la salvia ha trepado a la mesa circular de piedra con teporingo de piedra al centro, esa tundra desvaída se ha elevado como espuma por los muros con afán de alcanzar los teporingos cincelados en la cúspide de las esquinas, esos que las personas transeúntes pueden hallar desde afuera, ella balbuceó que de madrugada los teporingos bajan a su madriguera, escondida entre la salvia, que ahí se bañan en pocitos que nacen entre las raíces subterráneas, hace poco soñaste que muchos de esos animalitos se desbordaban del cráter brincando o rodando para albergarse en ese vivero ceniciento de tu casa. De vez en cuando ves asomarse una cara anónima que curioseaba hacia adentro a través del óvalo ubicado en el muro que da a la calle, ese óvalo replica el óvalo del pasaje por el que te asomas, está a la misma altura y posee las mismas dimensiones, qué verán las personas por ahí, desde afuera, desde el otro lado, no hay nada más que la asequible salvia absorbiendo las mustiedades de una luz que no le alcanza para florecer, no germinan otros colores que no sean el verde blanquecino y el color demacrado de la piedra, Blas te ha hablado de empotrar una fuente con el cantico de oficio, de esas sin ningún ornamento más que el orificio para lanzar el chorro de agua, entonces, ese mínimo vivero, sin substraer lividez, se restituiría no sólo de sereno y composta, ahora aunaría bonanzas sonoras a sus herbáceos alumbramientos; observas el brocal del óvalo del pasillo, ya va por dentro una línea de salvia, a su lado se contornea un terciopelo que parece oruga, ¿o sí lo es, será una oruga?, regresas a la cocina, apagas la hornilla, colocas el líquido hirviendo en el termo, le echas tres oblongas hojitas... ya sabes de qué... en ese instante algo ha empezado a suceder, no haces caso, sigues en lo tuyo, el vaporcito te quema las yemas de los dedos, acomodas tu sortija, lustras su ópalo con tu aliento, de repente adviertes una especie de sensación, de alerta, sin razonar por qué... te detienes a escuchar tu

respiración, tu pecho se abulta por los latidos que se han vuelto más fuertes, despabilas el oído... en el pasillo, sobre la repisa semicircular de yeso, la corza de gres ha comenzado a tambalearse, el suelo... no está sólido el suelo, está temblando, la corza se desbarranca y cae haciéndose añicos, el suelo se parte, no puede ser cierto, es cierto, el suelo está reventando, sí, ahí en tus pies... la tierra colapsa por dentro, debajo de ti, la tierra se ha abierto desde el subsuelo hasta donde tú estás. Cesa un poco. Posterior al instante telúrico brota un hilito de agua, diferente de la que viene del filtro, te arrodillas y acurrucas tus manos para contener algo de eso, está tibio y cristalino... el piso viejo se ha rajado, sigues el zigzag a ver a dónde te conduce, el muro se ha agrietado, el techo cruje un poco, sólo un poco, abres la puerta mosquitera del arco y sales para ver el muro desde afuera, lo observas y después, con el casquillo de tu bota, haces a un lado la salvia apelmazada en esa orilla, te encojes para mirar de cerca, está aflorando un prematuro borbollón, no sabes qué pensar, el ciclo hidrológico no margina la civilidad; ubicua la injerencia atómica lía, ebullendo con algarabía, los bríos erosionantes que hacen engordar una ampolla de agua con tendencia elíptica, habiéndose infundido míticamente y con recato cuántico...



## 21. El mar está en el pozo

Pasó en un mundo, porque ese era un mundo. Íbamos transitando, me quedé quieta y de pronto, lo vi todo. Sin encender la luz dejamos las llaves y nuestras pertenencias sobre el modular y en el perchero, abrimos de par en par las puertas de nuestro balcón, porque este es nuestro balcón, puestas sobre el pretil siento nítidas tus manos sobre las mías, porque estas son tus manos, atrás nuestro apartamento, sintiendo llegar de adentro una oscuridad bien abastecida de cosas y de vida, tu cuerpo atrás del mío, tu barbilla levemente recargada en mi hombro derecho, estás sonriendo. Me colocas algo en la mano izquierda... los aretes de latón... me doy vuelta, te abrazo y te digo "Hace tiempo los quería", carcajada, veo tus dientes, tus colmillos, tus muelas y me arremete una implosión delirante, que en este otro mundo punza tanto. Juro que te huelo, aquí estamos, iluminadas nuestras ropas envolviendo nuestros cuerpos neón por los anuncios de los bares de Tacubaya, nuestro apartamento a mitad del edificio, cayéndose, de noche, mirando acontecer la ciudad allá abajo, cayéndose, presente la avenida congestionada, la gente despersonalizada saliendo del Templo del Milagro caminando sobre Revolución, dirigiéndose a San Pedro de los Pinos, en tanto otras personas piden pesos para un taco, van mirando sin mirar, yo sí les veo desde arriba. Está sucediendo, esto está pasando. Algo me empaña, así, intempestivamente... de manera invasiva, un suspiro hundiéndose en el centro de mí alcanza a matarme un poco, lo

siento desde la frente, viniendo como una marabunta hacia los ojos, logrando desahogarse, corriendo por fuera, empapándome las mejillas, la barbilla, sigue al cuello, los cuencos de la clavícula, el pecho, por dentro comienza el inicio de la obstrucción nasal, el ardor de las corneas por la sal, la sangre de la garganta se combina con el mar, y estoy tramando cómo dejarte ir en este otro mundo que, aunque inventado, dicen es verdadero. ¡Detente, otra vez te lo estás figurando, hace años te dejé ir... no hay pertenencias, manos, neón, ni revolución, no hay balcón, abrazo, colmillos, ni delirios, no hay milagro, cuerpos, templo, ni apartamento: nuestra historia va menguando su sustento! ¿Cómo dejarte ir? si yo podía ver en mí ese mundo, que a nadie le conté para rehuir del detrimento.

Estoy dentro del carro, han de ser las once... me acomodo en la parte de atrás, por último, veo la llovizna caer sobre el parabrisas, contengo el llanto, me quedo dormida. Despierto, sólo un poco, me incorporo y veo la avenida, entre la oscuridad, una tras otra, las luces de los transportes me rayan la piel de la cara, fijo la vista hacia adelante con la secuela de un letargo horroroso, recargo hacia atrás la cabeza y vuelvo a soñar.

Dejé a Edher y a Edith en el colegio, busco caminos para no irme por la principal, entro a una calle del lado izquierdo, después a la derecha, cruzo un parque y una escuela, afuera están las vaporesas humeantes, veo a las madres y padres de familia calentándose alrededor del fuego debajo de las casuarinas, miran hacia las puertas de la primaria, hasta que las cierran y pierden a sus hijos entre los demás niños. Veo mis botas... sigo sobre la calle de la escuela, doblo a la izquierda y me desví a la derecha, hallo al sol de frente, pienso en colocarme los lentes, no lo hago, pienso en escuchar música, no lo hago, traigo dentro la tonada del Concierto para piano... número 2... estoy atascándome, número 2... prosi-

que la música, no las moléculas del sueño... El camino se abre donde se encuentran las partes traseras de las casas, es de tierra, pasto y yerba, veo los garajes aglomerados de cosas viejas, más allá está la arboleda, siento mis botas andantes, hundirse; a través de una malla ciclónica me mira un perro, ya había aparecido en otro sueño; sigo, ahí, a la izquierda, hay una placa con un símbolo, dice "Chalchiuhtlicue" con el año de 19... los números se esfuman, la placa indica el sitio del pozo que provee a la colonia. ¿Qué pasa con el pozo...?, entonces dentro de mí surgen dos voces: *Creo... se desborda, solo no se desborda, yo lo haré desbordarse, no lo pienses, no lo imagines, porque harás que suceda.* Quiero despertar... estoy soñando... el pozo tiene agua, está rebosante de agua y... ¿qué más hay en el pozo?, nada, sólo agua, sólo música, sólo unos prismas de jade en el fondo, no sé qué tan hondo esté este pozo, pero cabe el mar, el mar está en el pozo, entonces ha de ser muy hondo, como la memoria; detesto el mar, detesto la música, hacen llorar y enloquecer. No quiero que la marejada toque ni si quiera la punta de mis pies, ni la ribera de ningún recuerdo. Aléjenme del mar... el cabello enarenado, el ardor de las corneas por la sal, la sangre de la garganta se combina con el mar... No puedo regresar, despiértenme. El mar se está vertiendo fuera del pozo con bravura. Despiértenme.

Apenas abro los ojos, no puedo moverme, testifico las lágrimas caer sobre el parabrisas y siento la llovizna y las luces resbalándome en la cara, el mar se está cayendo del cielo, levemente, así como está tu barbilla recargada en mi hombro derecho, el mar me sale de la cara, mi cara es el pozo colmado de lluvia salada, ojos apretados de mar rasados de lágrimas. ¿Por qué has decidido sufrir?, no escuches esa música, no desbordes el pozo, otra vez... te lo estás figurando, este sufrimiento, te lo estás figurando, toda esta agua, te la estás figurando. Estás loca. Estás soñando. *Sí, estoy loca porque estoy soñando; sí, estoy soñando así porque estoy loca...*

Mi fisiología y mi anatomía han cambiado, tengo los cuencos de la clavícula más hundidos hacia abajo, hacia adentro, llenándose con un líquido puro que empieza a sobrepasar el borde, una diminuta yo se sienta en una orilla, bien agarrada para que no la arrastre la corriente, mete las piernas hasta las rodillas, entonces mira lo que hay abajo, adentro, aprecia la armazón ósea, el corazón, los pulmones, los riñones, el hígado, el estómago, los ovarios, como si la sangre fuese un torrente de transparencias, esa diminuta yo puede contemplar todo ahí abajo, ahí adentro... *las orcas y los pianos tienen los mismos colores...* una vocecita no cesa de musitar.

No termino de despertar, parece que duermo otra vez...

Edher y Edith no están en el colegio, encontraron el pozo, el lugar desde donde se suministra agua potable. ¡Qué pavor el agua del pozo!, el agua lleva al agua, entonces ¿qué es esta llovizna, qué es este llanto, qué es este mar?, todo es lo mismo en diferente lugar. Edher y Edith están en el pozo, por qué no estuviste ahí con él, con ella, se perdieron por las calles, hallaron el parque vacío, las cenizas, las casuarinas, el perro, el sol, el pozo y... el mar está en el pozo.

Trato de gritar y decir que no, pero apenas balbuceo, la languidez me tumba, la llovizna y el llanto corren...

...abro las compuertas del pozo de par en par, el agua lo anega todo. Ahí están esos seres, asediando, con sus aletas afuera del agua... escuchando el Concierto.

Por fin abro los ojos, exhausta...

Entramos y cerramos. El hilo vertical de luz centellea insurrecto entre las puertas de nuestro balcón, buscando hendir la negrura en la que hemos quedado, transcurren cosas, una delectación abrumante me hace llorar y, de inmediato, siento un calor entrándome por la boca, recorriendo raudo el esófago, abultando la tráquea, retribuyendo, por segundos, los intestinos... alcanzamos a ser tan miserables y a ostentar tanta gloria al mismo tiempo, por segundos; el calor acomete para retirarse prófugo, sin conmiseración, dejando a su paso y a la par, alborozo y duelo. Oprimo los aretes de latón con la mano izquierda... hasta deformarlos y herirme.

Me recomendaron este Concierto para llorar. Recuerdo que tuve que hundirme las carcajadas durante la lección para que la institutriz no me odiara, mas, me estaba ahogando, entonces ella dijo... "¡Ya niño, ríase!", esto acrecentó mis ganas de reír, cuando le había obedecido, ella vino, me miró como si fuese el peor de los subordinados y pérfida me dio un varazo, y otro más, yo reí sin tregua y con amargura. Esa tarde, al volver a casa, sentí las manos como dos incendios, pero recordaba el chiste de Rosendo y volvía a reír; ya no recuerdo el chiste, sólo el ardor en mis manos y lo acibarada que se vuelve la risa cuando uno empieza a llorar. Así pasó cuando concluyendo la conferencia, el maestro Mondragón escupió el café a consecuencia de la risa que no se aguantó mientras estaba exponiendo, por qué habrá sido, ya no hubo tiempo ni pertinencia para que me lo dijera, al verle tan poco solemne en aquel magno evento en Estados Unidos, yo no tuve de otra más que acompañarle con sonoras risotadas tras bambalinas, cuando alguien me tocó el hombro para avisarme que tenía una llamada telefónica urgente, dejé al maestro y me abalancé a las escaleras que bajé en un par de segundos... contesté, quedé fijo frente a una colosal litografía en la que un montón de esclavos cosechaban algodón en el campo, bajo la plenitud del día, tratando de ponerme serio respondí, todavía con los ojos húmedos de risa... ahí estaba la voz de Irene diciendo... "Lorenzo", y otra vez "Lorenzo", parece que ella a mí no me escuchaba... pero habló... "Esther, asesinaron a Esther."

Este Concierto es para llorar y, además, enloquecer; leo la portada en letras mayúsculas, "Rachmaninov", y recuerdo que en la conferencia fue proyectada la fotografía del esclavo con la espalda reventada a puro varazo por el capataz, pensándolo bien... Rosendo Mondragón no se estaba riendo, estaba llorando. Sobre la imagen en blanco y negro del compositor a un lado del piano, está pues... su nombre... mis manos sostienen el disco y tiemblo, sé de qué trata este Concierto y, no, no reuniré el valor para volver a escucharlo, así como Rosendo no reunió el valor para llorar, en lugar de reír, porque en ciertas circunstancias se necesita menos valor para reír que para llorar, el Concierto, el Concierto para piano número 2... Allá iban todos esos jóvenes viajando en carretera hacia Coroneo, a enterrar al monero del *Reforma*, a uno de los cuidanderos de las viejas, al novio de Esthercita. Meses después ahí estaban las caras de todas esas viejas mirando el ataúd de mi muchachita, sin saber jamás, ninguna de ellas, qué se siente perder una nieta. Estoy varado en vía pública, pasan, me miran execrándome, bajan sus ventanillas y me gritan que qué hago aquí, eso quisiera yo saberlo, suenan el claxon, va y viene exasperada la gente... muy exasperada, me decido y avanzo, más adelante freno en un alto, volteo a la izquierda, veo, en la parte trasera del automóvil de al lado a través del vidrio y de los hilos de la llovizna, a una mujer llorando...

Abro los ojos, un extraño me está mirando, inclino la cara al lado contrario para que no me mire más. Cierro los ojos, ahí estoy, retornando a una madrugada del 8 de julio, abajo del sabino, ahí estás, dándome contención... Vuelvo a soñar... Escucho tu voz sobre el Concierto... número 2... qué trágico, qué maravilloso, qué tumultuoso saber que me amabas... Abro los ojos, que tú también me amabas.

## 22. Lobo

Aquel era un lugar en el que se podía visitar a los lobos, así, de manera habitual, con tu morral de yute en el brazo. De camino a los mandados desvías tus pasos hacia el bosque, internándote unos minutos por un senderito, te colocas a un lado del límite prescrito y, guardando silencio, después de unos momentos, ves a la manada entre la resolana andarse de acá para allá. La de cosas que puedes pensar estando ahí, sobre todo cuando algún ejemplar te advierte, no le sostienes la mirada, más te vale dispersarte para no molestar e irte. Ya en resguardo, buscas la umbría del colorín para detenerte y pasarte la mano por la frente... hacerte hacia atrás los cabellos expuestos al peróxido, entonces la gritería de las guacamayas hace que las busques, como arco iris alebrestados sobre troncos y cordeles, bajo la palapa de palma achicharrada, con aquel aturdimiento sigues, yendo sobre la grava de tezontle, tanteando el trazado para quienes van en bicicleta, tal vez en un par de meses o el próximo año podrás adquirir la tuya. Te preguntas si esta vez el venado se dejará encontrar, los pequeños indicios de su existencia hacen que creas en ese letrero que dice "Venado cola blanca", alguna vez parece que viste su rastro, vertiginosamente levando el polvo, claro, ahí debía estar, guareciéndose de ti y de la demás gente en su cuevita labrada; sigues el senderito, observas vacío el nido gigante donde la entrenadora práctica la cetrería para que el público divise al águila real sobre su lúá; llegas a la jaula de la puma, está echada en lo alto, relajando las patas doradas, pasándose uno que otro lengüetazo, moviendo las orejas cuando repara en los sonidos de la cascada artificial que le han montado; recuerdas el olor del albergue de coatíes y zorros, los trozos de fruta en los trastos, las cámaras destinadas

a la preparación de alimentos, has visto a las ratas timando a los encargados para hurtar y salir con su ventura, presurosas hacia su escondite donde sacian sus necesidades, se te revuelve el estómago, ¿qué te está pasando?; sigues, ves las pendientes alzándose y decreciendo para ejecutar pericias en patineta, piensas que tú también deberías aprender, pero temes lastimarte, recuerdas que cuando eras niño tu abuelo te había dislocado un brazo y era como sentirse torcido todo, hasta por dentro. Pasas al área de cultura, buscas la publicación de las actividades manuales para ese fin de semana, tienes material que te sobró del último alebrije... rememoras lo feliz que fuiste cuando te enviaron, con aquel grupo de muchachos a quienes simpatizaste, a estudiar los ajolotes, para volver al salón y comenzar a dar forma, con las pinzas de tu abuelo, a la filigrana de alambre, estructura que luego forraron con periódico y engrudo, a la siguiente semana volvieron y cada quien pintó su ajolote, el tuyo, el único color blanco, se distinguía de los otros, así que te sugirieron donarlo para exponerlo en la vitrina de artesanías destacadas de los talleres, te gustaba acercarte a admirar tu obra, titulada por ti:

*“Cactimaniliztli”*

Autor: Iztac Izquierdo.

Octubre, 1999.

Así los datos asentados en la ficha. No hay nada para este fin de semana, ¡qué decepción!, te reprochas haber dejado la escuela, eso haría que estuvieras ocupado y que conocieras personas, por lo tanto sábado y domingo tendrías que permanecer en casa, con tus abuelos, al final, a pesar de todo, veneran tu compañía, con desilusión decides ir a la salida, de camino hacia allá una oficial te alcanza, te toca el hombro con acentuada gentileza, volteas, le miras su carita pecosa bajo la visera del kepi y te entrega la escuela con la información de la actividad para ese fin de semana... “Joven, ánimo a venir”, te dice, le sonríes y asientes, parece que ella sabe que quisieras ser parte de lo que ahí acontezca, pero haces como que no te ha importado tanto, sales y de inmediato hallas la sombra del bardeado para detenerte y leer...

“¡Ven y vive la experiencia de escuchar aullar los lobos por la noche!  
¡Pasea por el bosque de madrugada!  
¡No te pierdas una lunada alrededor de la fogata  
asando bombones, cantando, contando historias y chistes!”

Doblas a la mitad la esquila, la guardas en el bolsillo de tu camisa donde hace días dispusiste esas pequeñas cápsulas de colorín que tú mismo desenvainaste y te vas. Llegas, colocas el morral con el mandado sobre la barra y antes de desempacar indagas la agenda, te acercas al teléfono de pared que hay en la cocina, descuelgas, da tono, llevas el índice al disco giratorio, marcas el número, enroscas el meñique en el resorte retorcido, esperas... está llamando, de pronto... esa musiquita, el inicio de la Balada número 1 de Chopin, sonríes, alguien contesta...

—Buen día, depósito de hielo “Bóreas”, ¿con quién le comunico?

—Con Izquierdo por favor.

—Un momento...

—Gracias.

—Bueno...

—Hermano, préstame tu tienda de campaña...

Ha llegado el viernes, comienzas a preparar las cosas, muda de ropa, linterna, sogas, navaja, cajita de cerillos, cantimplora, taza, plato, cubiertos, barras de chocolate, latas, sleeping, tienda de campaña... con presión subes el cierre, te pones la chamarra, ya no cabe, con dificultad te colocas la mochila en la espalda, metes las llaves en el bolsillo del pantalón, desde el pedazo de balcón que resta, tu abuelo apoyado en el macetón de la citronela te ha gritado que te lleses el radio, le ha puesto pilas nuevas, no quieres, no contestas. Todo listo. Te cuelgas el morral de yute en el antebrazo y sales diciendo “Adiós.” Vas y compras una penca bien ampona de plátanos dominicos, unos kilos de papas, chorizo, café y hartas teleras. Llegas caminando al parque, otras personas van con sus mochilas también, te entusiasma, cruzas los arcos del portal, la oficial te reconoce y le da gusto verte ahí, te ha dicho que por favor pases a las oficinas para realizar tu registro. Hay dos personas antes que tú, los has saludado, él con su



par de patines al hombro te escruta sin parpadear y te sonríe con cierta perversidad, ella no te contesta, ni te ve, es como si estuviera censurada; enseguida se forma tras de ti un hombre, has atisbado su acidez, sus ojos desorbitados que te esquivan a toda costa, como si fuese un exconvicto, con los lóbulos de la nariz anch ndose al momento que el aire entra y sale de forma deplorable... piensas si ha sido buena idea estar ahí, por un instante quieres irte... esperas... Aunque ya no es necesario ajustarlas, jalas las jaretas de la mochila hacia ti para lidiar con lo vulnerable que te estás sintiendo, pegas el morral de yute a tu talle y se te ocurre que quizás todos los dominicos serán para ti; llega otro hombre, parecido a un gnomo, con un gran equipaje, como si cargara un doble de sí mismo ahí adentro, saluda a los otros, se acerca a ti, parece de fiar, te extiende firme su mano, es cálida, sin embargo, no consigue enmascarar un dejo de malevolencia, de manipulación; más tarde llega un hombre y dos

mujeres, sus rasgos inseguros sostienen gestos falsos, no saben si saludarte, algo no les permite expresarse... preguntan si hay que hacer fila, ellas te han visto y sí, para ellas eres un intruso y no, de ninguna manera deberías estar ahí, codeándose con aquellas otras personas no pueden evadir aborrecerte, deben hacerte a un lado con la sonrisa fingida, él es un poco distinto, no sabes por qué, quizá sólo trata de restar hostilidad, pero no puede y disimula, se abochorna, te ha mirado para confirmarte que estás en lo correcto, esa gente es insufrible, al cabo de unos segundos va dejándose llevar y abona a la situación mostrándote sus dientes de forma zalamera, después curioseas su rostro de imponente tez quemada y carne sobrada, te ha mirado otra vez, un tanto de reojo, aceptando que, en efecto, no era, pero se ha vuelto un granuja; llega una mujer, exuberante, con cabello alisado, su leotardo deportivo te recuerda al lince que recién adoptó el parque, la ves como una rival, se sonríen, ahora va frente al exconvicto, él extiende los brazos para cargar un rompevientos petróleo con plateado, ella lo besa, piensas que lo ha hecho por caridad, sin repugnancia y te da culpa haber pensado lo que pensaste, no deberías sentir asco ni compasión por nadie; al final llega otra pareja, van avanzado estrechando las manos, él te toca el brazo, sientes la anatomía enclenque de los dedos, no cesa de hablar con un tono dulzón, la verdad bien soso que buscas ignorar porque te da pena, ella te da la mano y te dice "Soy Angora"... la miras, desaliñada, abrazando con fe una bolsa de bombones, te deja, mueve su cuerpo con resignación y sobrado desparpajo, entonces te dices a ti mismo que no deberías ser tan neurótico, además eres tan joven...

Antes de que la luz del día se vaya una coordinadora les ha llevado a la dehesa para tender el campamento; en la dehesa las mujeres reúnen los leños para la fogata, Angora abre la bolsa de bombones y sonrío, en tanto coloca un par de malvaviscos en una varita, los demás despejan el terreno, extienden las lonas y acomodan las varillas para comenzar el ensamblaje. Llegan los guardaparques, cantan y aplauden efusivos, posteriormente dan un par de instrucciones. Se han ido pronto, quizá aquella gente los ha excluido también. Mueves un poco la maraña orgánica y sitúas tus cosas sobre el limo endurecido, levantas tu tienda individual, realizas sin esfuerzo la labor, eres ágil, al

concluir metes tus cosas y piensas si será buena idea dejar las provisiones en el área común destinada para la colecta, mejor no... sales reptando de tu guarida, la gente hace lo suyo, al novio de Angora le ha dado por declamar, les es indiferente, tratas de acercarte... sabes... estarás con esa gente dos noches, dos días... estás pensando en eso cuando una de las mujeres, sólo por fastidiar, te cuestiona si tú no harás nada, se está untando repelente en los brazos, la otra la codea, le lanza una mirada regañona, tienes un instante para ver sus fisonomías, discreto, ves las cejas hechas a lápiz, el labial fuera de la estría de Klein, los tintes manchado las sienas... se van, prestas demandas el contacto con los otros y, hasta en la timidez, obtener su reconocimiento; tal vez por ser el más joven, te han visto como un inútil, nadie te pide opinión, no les interesas, no les sirves... así piensan... Te pierdes. Avanzas, te alejas sintiendo frío, la humedad traspasa tu calzado, el dobladillo de tu pantalón se mancha de verde; desprendiéndose desde lo alto de los árboles baja un frescor, lo trae el aire que se desliza entre sus bridas, tus bronquios y tu piel se envuelven de una pátina pegajosa, algunos puntos amarillos brillan en el suelo, son las hojas de arce que cayeron, parecen estrellas, te detienes, buscas un espacio para encontrar el cielo y piensas lo insólito que es estar en el parque con la noche a cuestas, te fijas en el negro tierno que va consolidándose engulléndolo todo como si la tierra fuese nada más una gran caverna, desearías salir expulsado, con la suficiente presión para traspasar la línea de Kármán, lo has soñado... cierras los ojos y fantaseas, te irrumpen las onomatopeyas... insectos, anfibios, aves, roedores, ungulados, cánidos, felinos... "Se están manifestando...", te dices con sigilo, caminas un poco más y allá, rodeando la parte de atrás de otra dehesa delimitada por arbustos de aligustre, se demarca el conducto donde va el agua, lo has identificado, además entreveras al sonido del fluir del agua el rumor de una música, quizá proveniente desde alguna caseta... Irás... irás a ver el agua, a ver si se puede ver en lo oscuro su espuma reverberante, te acuerdas de la "La Mariquita", de tu bailable, del grupo tocando sonos con arpa, no te imaginabas las dimensiones de ese instrumento, evocas tu zapateado, tarareas bien bajito... "Ay que me voy, que me voy vamos a ver, a ver cómo corre el agua, vamos a verla correr. Ay que me voy, que me voy vamos a

ver, el agua que se derrama no se vuelve a recoger." Te acercas, te acercas otro poco... ves algo moviéndose ahí, casi adentro del conducto, entornas los ojos para ver mejor, das unos pasos más, ahí está el animal, bebiendo, "¿Qué es?", te preguntas, "No, no es...", te respondes, ya que has cruzado la dehesa detienes tus pasos, bajo la cerrazón de los arcos te ocultas, no ha sido sólo un supuesto, lo defines, "Ese... ese es un lobo." No te ha visto como tú a él, bebe y bebe, ahora lame sus patas delanteras, hace esto mientras sus orejas perciben los ruidos del agua meneándose, de pronto algo grande estruja el aligustre, sientes más frío, te pasmas y en medio de tu pecho resbala una gota helada de miedo.

Antes de que el animal te tope retrocedes entre la cerrazón sin dejar de verlo, entonces otro lobo ha saltado a través de un hueco del aligustre para llegar al conducto y beber... "No puede ser... se han salido los lobos...", alcanzas a dilucidar; has logrado escabullirte, empiezas a buscar la manera de volver al campamento donde el fuego los ahuyentará, no debes fallar, tal vez nadie se ha dado cuenta, no hay gritos ni movimiento, si acaso hallaras un guardaparque... avanzas, te sientes desorientado, probablemente te conviene salvaguardarte antes... en dónde te refugiarás, no sabes trepar árboles, en el área de juegos podrías escalar el complejo de cuerdas, el conducto guía a la represa... de últimas dentro del agua te cubrirás... cuántos lobos tiene esa manada... tantos pensamientos encajándose te abruman. Algo te sucede, la oscuridad te carcome por dentro, te desvaneces... Antes de que el lobo te tope retrocedes entre la cerrazón sin dejar de verlo, entonces otro pensamiento ha saltado a través de un hueco de tu mente... ves cosas... delante de la fogata está uno de los hombres con los puños en la cadera, tú lo ves de espaldas, parece que algo les está diciendo a los otros, los otros permanecen alrededor del fuego escuchando al hombre, de un momento a otro el hombre ha girado la cabeza hacia la derecha y puedes mirar un poco más de la mitad de su rostro... la mueca de su risa alcanza su oreja partiéndole la mejilla completamente... "¿qué has visto Iztac?", te preguntas y luchas por recomponer tu mente, pero no puedes... algo dentro de ti se contrae con fuerza, ahí está de nuevo, a través de ese hueco ves a esa gente se están dejando embaucar, ves al hombre gnomo por duplicado... no quieres verlo y lo ves, no quieres pensar en él y piensas en él, todos lo ven

y lo piensan aunque no quieran, es escalofriante y morboso a la vez. A través del hueco de tu mente has visto una lumbrera, por eso despiertas, la oficial te está hablando, quiere darte su mano, otra vez ahí está esa música, bien bajita... hay gritos, movimiento, estás boca arriba, vuelcas tu pecho y tus palmas hacia el sedimento, doblas las rodillas, gateas como un bebé, aullidos, berridos, de nuevo la oscuridad, te has hecho pequeño y por ese hueco que hay en la oscuridad saltas... vas cerca del suelo mas no lo tocas... son las calles vacías que lindan el parque, es madrugada... no te alcanzan, a los otros, sí. El hocico trabado del depredador... no sabes si ríe o gruñe, ahora está partiendo el fémur del colorín y botan de a puños las semillas rojas... te apabulla, te violenta, dónde quedó tu entendimiento, dónde.



**EL MAR ESTÁ EN EL POZO**  
SE PUBLICÓ  
EL 15 DE ABRIL DEL 2026  
EN **MÉXICO**

Bárbara Asela es originaria de Ciudad de México, estudió Estudios Latinoamericanos en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, espacio en donde se vinculó con lecturas de autoras y autores latinoamericanos del siglo XX que interpretaron a través de la literatura la compleja realidad de aquel siglo. Desde 2017, Bárbara Asela se ha dedicado a escribir, publicando las novelas *IMAGINARIO A DAMIÁN* (2019) y *AD INFINITUM* (2022). El presente libro es un *Relatorio* desde el que se tienden puentes hacia las narraciones anteriores de la autora, *EL MAR ESTÁ EN EL POZO* comprende la recreación de historias en las que la música y la naturaleza vegetal y animal resultan estructurantes del acontecer humano.

ISBN: 978-607-69397-1-0



9 786076 939710